República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

Pablo Neruda:
Pasión por Venezuela

Recopilación e introducción de Luis Navarrete Orta
Ilustraciones de Henry Rojas

Pablo Neruda:
Pasión por Venezuela

Recopilación e introducción de Luis Navarrete Orta

Ilustraciones de Henry Rojas

© Luis Navarrete Orta
© Fundación Editorial El perro y la rana, 201

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio.
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 7688300 - 7688399

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Redes sociales
Facebook: Editorial perro rana
Twitter: @perroyranalibro

Página web
www.mincultura.gob.ve

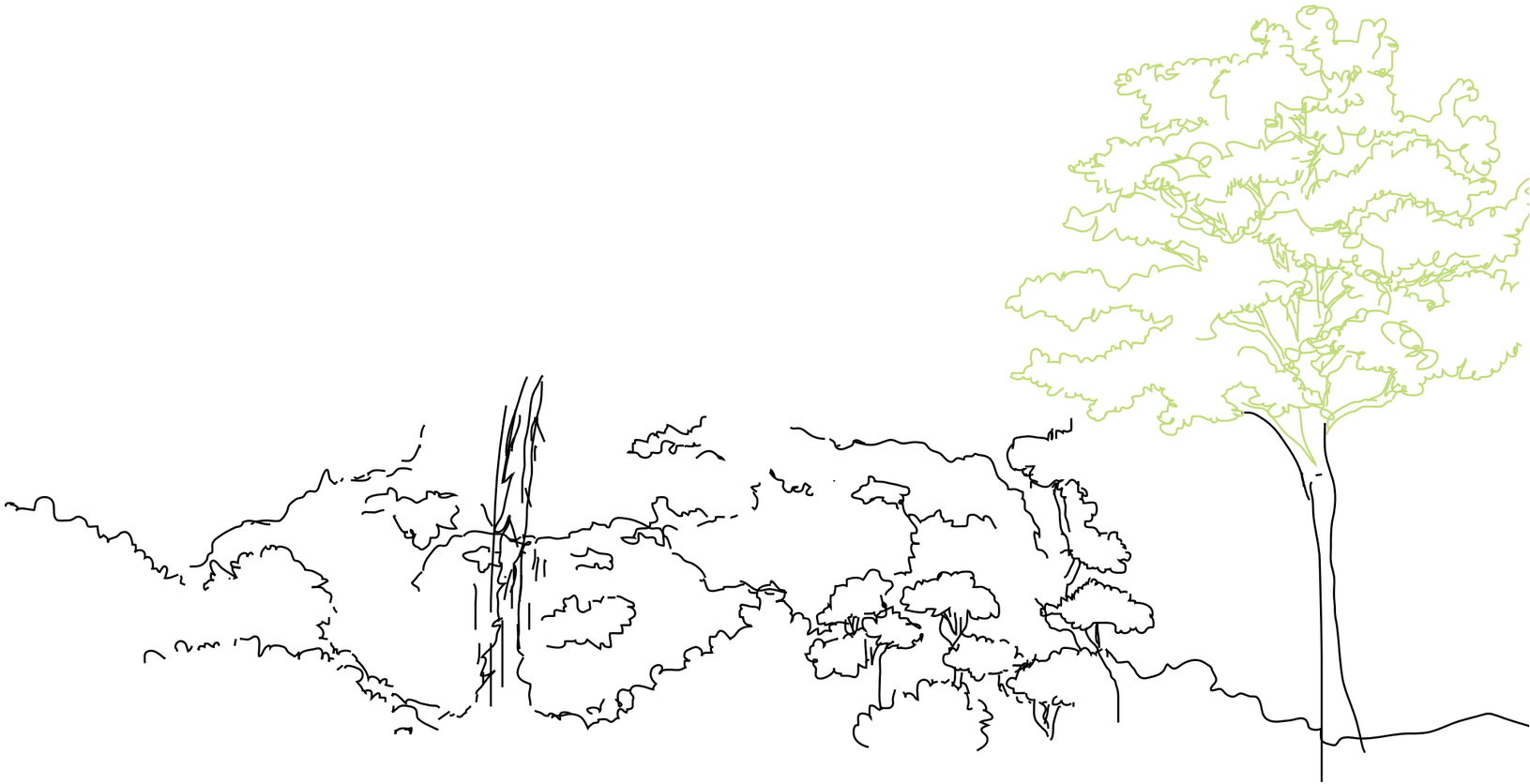
Ilustraciones
© Henry Rojas

Edición
Edgar Abreu

Corrección
Zorayda Coello

Diagramación
Kevin Vargas / Henry Rojas

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal



NOTA EDITORIAL

Pablo Neruda y su obra forman parte del patrimonio cultural americano y de los pueblos del mundo. La vida del escritor fue un encuentro constante con las causas justas. Lo más conocido de su trabajo es la poesía amorosa; sin embargo, Neruda dedicó gran parte de su vocación como escritor a reflejar las voces de los obreros, de los indígenas, de las mujeres y de los militantes políticos, así como a cantar los acontecimientos históricos, otorgándole un sello social a sus versos. Además, fue un activista político y miembro del Partido Comunista de Chile.

Nació en 1904 en la localidad de Parral, al centro de Chile, una región minera y ferroviaria. Su madre murió a consecuencia de la tuberculosis semanas después de traerlo al mundo. Su padre decidió trasladarse a la ciudad de Temuco, lugar lluvioso y caracterizado por llanuras y bosques fríos. En sus años de adolescencia ya componía sonetos y dedicaba gran parte del tiempo a la lectura y la contemplación. La presente selección es un homenaje a su figura como poeta y su importancia para la historia latinoamericana y venezolana, a lo valioso de sus posturas humanistas, a su labor como cronista y su incansable lucha contra el fascismo. El profesor Luis Navarrete Orta ha dedicado gran parte de sus estudios a la divulgación de su obra, contribuyendo a la vigencia de Neruda en las nuevas generaciones.

Esta segunda edición mantiene la misma selección que la anterior y la intencionalidad de homenajear a Venezuela. Los primeros poemas forman parte del ***Canto general***, siendo Bolívar y Miranda los grandes protagonistas. Al ***Canto general*** se suman selecciones de ***Las uvas y el viento, Navegaciones y regresos***, ***Canción de gesta***, ***Confieso que he vivido***, entre otras obras reconocidas. La novedad que inserta el compilador es un prólogo donde invita a las juventudes a descubrir el ***Canto general***, a leerlo y hacerlo el libro compañero, el libro amigo.

EL *CANTO GENERAL*, UN LIBRO INDISPENSABLE. PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Han pasado diez años desde que celebráramos con esta selección de textos el centenario del nacimiento de Pablo Neruda. Pero resulta que también en este decenio han pasado tantas cosas en el mundo y en nuestro país que obligan a obviar las obligaciones y restricciones de una edición conmemorativa. Además, 100 años se cumplen una sola vez en la vida. ¿Qué decir, entonces? ¿Qué agregar a aquella breve presentación que titulamos "Me convidaste, patria calurosa"? Entre consultas que terminaban en las consabidas recomendaciones previsibles, un joven y querido amigo, profesor de Filosofía, me dijo en tono categórico: "Escribe algo como si fuera para tus nietos". Y decidí, con el mismo énfasis, hacerle caso. Casi todos creemos que la Filosofía sólo sirve para las grandes abstracciones. Pero, paradójicamente, con mucha frecuencia, resulta lo contrario. Con ella se llega, en definitiva, a la raíz de las cosas y por esa vía se encuentra el camino para llegar a la verdad, al menos a la nuestra, a la verdad que necesitamos. Y la raíz, en este caso, son los niños y niñas, los jóvenes, la nueva generación. Es decir, nuestros nietos.

En 1941, cuando Neruda era cónsul de Chile en México, se produce uno de esos partos, de esos actos privilegiados que generan algo nuevo: escribe "Un canto para Bolívar". El poeta, ya adulto y con una obra que lo consagra, comienza a cerrar un ciclo de su extensa obra y se abre hacia América. En el fondo, inicia un canto para la nueva generación americana. Esa será, desde entonces, una preocupación —mejor, una obsesión— que culminará en 1950 con una de sus más importantes obras, el ***Canto general***. Y de eso quería conversar ahora con nuestra juventud.

Hay muchos entusiastas lectores de Neruda que prefieren los ***20 poemas de amor y una canción desesperada*** o los versos tormentosos de ***Residencia en la Tierra.*** Son, en realidad, obras perdurables que lo colocan a la altura de los grandes. Pero, para los efectos de lo que hoy quiero trasmitir a nuestros jóvenes, el ***Canto general*** es un libro primordial, podría decir, más que necesario, indispensable. Después de los grandes cantos épicos de nuestra Independencia, es la obra cimera en esa misma dirección. A través de su verso directo, fulgurante, profundamente amoroso, entramos en contacto vivo con las raíces y con la arboladura total de este maravilloso continente. En ese monumental canto épico-lírico nos topamos, como ante un inmenso mural multifacético, con su geología, con sus ríos, sus cordilleras, sus culturas originarias, sus sufrimientos como tierras conquistadas, sus heroicas luchas por la Independencia, sus grandes líderes y su historia hasta nuestros días. Neruda mismo lo llamó "mi libro más ferviente y más vasto". Si algo útil les puedo recomendar a los jóvenes que están viviendo un proceso de trascendentales cambios históricos a nivel continental, es que lean el ***Canto general.*** Creo que, salvando los legítimos gustos de época, ese libro debe estar en las bibliotecas de todos los colegios, liceos, sindicatos, consejos comunales y en las manos de todo aquel que ame a Nuestra América. En lo personal, puedo señalar con orgullo que con él se formó gran parte de mi generación. En la lucha contra la dictadura de Pérez Jiménez nos ayudó tanto como las obras de los pensadores clásicos del socialismo. Y, sobre todo, nos inició en el amor por la poesía y nos mostró un mundo nuevo que nos condujo a sentirnos profundamente latinoamericanos. Con él entendimos mucho mejor nuestra historia que con las clases en el liceo, y fuimos tocados por el fervor revolucionario tanto o más que con las arengas de nuestros líderes políticos. Agrego, además, un dato que no requiere comentarios: el Che Guevara siempre llevaba en su morral de guerrillero el ***Canto general***, su libro de cabecera.

Pero hay algo que no se puede dejar de señalar: la vigencia de su mensaje. Al efecto, citaré sólo dos breves textos del ***Canto general*** que escogí para cerrar mi participación en el programa "En Contacto con Maduro", del 1º de abril del año en curso. El primero es un fragmento de "Que despierte el leñador", largo poema dedicado a la Norteamérica de Lincoln:

Pero si armas tus huestes, Norte América,
para destruir esa frontera pura
y llevar al matarife de Chicago
a gobernar la música y el orden
que amamos,
saldremos de las piedras y del aire
para morderte:
saldremos de la última ventana
para volcarte fuego:
saldremos de las olas más profundas
para clavarte con espinas:
saldremos del surco para que la semilla
golpee como un puño colombiano,

saldremos para negarte el pan y el agua,
saldremos para quemarte en el infierno.

El otro, titulado "La vida", un hermoso poema del más genuino lirismo, me sirvió como respuesta y alternativa a la macabra oferta del neofascismo criollo:

Que otro se preocupe de los osarios...
El mundo
tiene un color desnudo de manzana: los ríos
arrastran un caudal de medallas silvestres
y en todas partes vive Rosalía la dulce
y Juan el compañero…
Ásperas piedras hacen
el castillo, y el barro más suave que las uvas
con los restos del trigo hizo mi casa.
Anchas tierras, amor, campanas lentas,
combates reservados a la aurora,
cabelleras de amor que me esperaron,

depósitos dormidos de turquesa:
casas, caminos, olas que construyen
una estatua barrida por los sueños,
panaderías en la madrugada,
relojes educados en la arena,
amapolas del trigo circulante,
y estas manos oscuras que amasaron
los materiales de mi propia vida:
hacia vivir se encienden las naranjas
sobre la multitud de los destinos!

Que los sepultureros escarben las materias
aciagas: que levanten
los fragmentos sin luz de la ceniza,
y hablen en el idioma del gusano.
Yo tengo frente a mí sólo semillas,
desarrollos radiantes y dulzura.

Los que vieron el programa por TV quedaron impactados. Neruda, desde una moderada distancia histórica, estaba alertando al imperio sobre la respuesta digna y contundente de toda Nuestra América si osaba hollar el suelo patrio, y estaba también levantando, desde nuestra dramática contingencia, la gran muralla de la vida y el amor para contener las arremetidas del odio neofascista.

En definitiva, para mis nietos, para los nietos de esta Patria grande, que ya no es irredenta, Pablo Neruda nos legó este libro, insisto, más que necesario: indispensable. Leámoslo y divulguémoslo con la misma pasión y dedicación que el poeta puso en escribirlo.

Luis Navarrete Orta
Caracas, 08 de mayo de 2014

INTRODUCCIÓN
ME CONVIDASTE, PATRIA CALUROSA

En 1957, un barco que venía de Europa toca en La Guaira. En él viajaba Pablo Neruda, que trató inútilmente de pisar tierra venezolana: los esbirros de la dictadura de Pérez Jiménez se lo impidieron. Pero dos años después el poeta vuelve y, como en un desagravio colectivo ("Me convidaste, patria calurosa", le dice a Venezuela en uno de sus poemas), es homenajeado por todos los sectores de la vida nacional. Dos veces más lo tenemos entre nosotros, en 1968 y en 1970.[1]

Sin embargo, gran parte de la obra de Neruda sobre Venezuela no está necesariamente vinculada al contacto personal del poeta con nuestro país. Por ejemplo, ya en 1941 escribe en México "Un canto para Bolívar", incluido después en la ***Tercera residencia*** (1947). Este poema tiene particular importancia porque es la primera vez que Neruda alude a un tema americano. Es decir, el poeta se asoma a América a través de Bolívar. Es como tocar el corazón de este continente desde las raíces. Pero lo fundamental es que allí América y Bolívar asumen una significación universal. En efecto, desde el comienzo está implícita la figura de Cristo redentor. Las palabras, con aliento litúrgico, de la estrofa inicial ("Padre nuestro que estás en la tierra", que terminan en "… tu herencia es el pan nuestro de cada día, padre") se proyectan en un Libertador cuyo mensaje renace cada vez que los pueblos se deciden a combatir por su independencia y por la justicia. Bolívar sintetiza, de este modo, la lucha del pueblo español contra el oscurantismo, la lucha del mundo democrático contra la bestia parda del fascismo y la lucha de todos los pueblos –incluidos los de América– "por el mundo que haremos". En ese contexto, cuando el poeta interroga a Bolívar sobre el sentido histórico de su combate por la libertad, resulta perfectamente justificado que el héroe le responda: "Despierto cada cien años, cuando despierta el pueblo".

1 El poeta chileno Mario Milanca, fallecido en un accidente aéreo en Venezuela, documentó exhaustivamente estas estancias en su libro ***Yo me llamo Orinoco*** (***Pablo Neruda en Venezuela***), que lamentableme no ha encontrado editor.

Después, en el ***Canto general*** (1950), en ***Las uvas y el viento*** (1954), en ***Navegaciones y regresos*** (1959), en ***Fin de mundo*** (1969), en ***Confieso que he vivido. Memorias*** (1974), en ***El libro de las preguntas*** (1974), en textos dispersos recogidos en ***Para nacer he nacido*** (1978) y en ***El fin del viaje*** (obra póstuma, 1982), dedica poemas y textos en prosa a diversos temas venezolanos. Desfilan por esos libros el río Orinoco, los héroes patrios (Miranda, Bolívar, Sucre), los dictadores (Gómez y Pérez Jiménez), "un demócrata extraño" (Betancourt), sus más cercanos amigos (los escritores Miguel Otero Silva y Carlos Augusto León), y un escritor que, a su juicio, merecía antes que él el Premio Nobel (Rómulo Gallegos). Y, por supuesto, no podía quedar afuera la agitada Caracas, los sonoros nombres de Venezuela y los pájaros del Caribe, en especial las delicadas corocoras que deslizan su vuelo escarlata como un "relámpago encendido" para saludar al poeta que "llegó del frío".

En estos textos, Neruda se solaza en las maravillas de nuestra naturaleza y se sumerge en las profundidades de la geografía, de la historia, de la política, de la cultura y de la humanidad venezolanas. Nos escruta, nos desnuda, nos descubre como en tiempos remotos lo hicieron otros ilustres viajeros. Porque la poesía es eso: un deslumbramiento que termina en alumbramiento. Por ejemplo, un descubrimiento que debemos a este taumaturgo de la palabra es haber rescatado, de entre las sombras borrosas de la Europa del siglo XIX, la imagen del gran conspirador, la figura del que no pudo lograr "la libertad para su fuego errante", del doliente prisionero de Cádiz, en un texto de impecable factura: "Miranda muere en la niebla (1816)". En ese neblinoso poema, se nos entrega el Miranda que muchos latinoamericanos no conocen todavía. En ***Confieso que he vivido. Memorias***, en el capítulo "Banderas de septiembre", Neruda aborda otra faceta de Miranda, la de maestro de libertadores: "O'Higgins, otro de los libertadores de Chile, fue un hombre modesto. Su vida habría sido oscura y tranquila si no se hubiera encontrado en Londres, cuando no tenía sino diecisiete años de edad, con un viejo revolucionario que recorría todas las esperanzas: '¡Alerta!, ¡alerta!, alerta, que camina / la espada de Bolívar / por América Latina' ". Es decir: el héroe que había dicho "La patria es América", el poeta que escribió "Otra vez entre pólvora y humo tu espada está naciendo", y el pueblo dignificado coincidiendo plenamente en una idea que es esencial para el presente y el futuro de nuestro continente: el pueblo soberano, organizado y en lucha, es el garante de la unidad latinoamericana.

Y, para culminar, el poeta naturalista despliega su alado verbo en el poema a las aves del Caribe, en el que el tucusito, el aguaitacaminos, el turpial y la paraulata compiten en colorido, canto y vuelo con las silenciosas corocoras. Y como si esas aves sintetizaran el esplendor de nuestras cálidas tierras, Neruda nos dice:

Si tú no viste el aire del Caribe
manando sangre sin que fuera herido,
no sabes la belleza de este mundo,
desconoces el mundo en que has vivido.

Estos textos de Neruda sobre Venezuela están tejidos con hilos de simpatía, de amor fraterno, de pasión. Sirvan ellos como muestra de lo que nuestra patria ha sido capaz de suscitar en una de las voces más altas de la poesía universal.

Luis Navarrete Orta
Caracas, diciembre de 2014

NOTAS:

1) En esta selección sólo aparecen los textos que figuran en libros editados en vida del poeta y en aquellos en que, después de su muerte, se recoge parte de su obra dispersa. No se incluyen, por lo tanto, textos tomados directamente de publicaciones periódicas.

2) A fin de darle uniformidad literaria al material, éste se ha dividido en dos partes: textos en verso y textos en prosa. Cada parte, a su vez, ha sido ordenada cronológicamente, según la fecha de edición de los libros en que aparecen los textos, la cual difiere, a veces, de la fecha en que fueron escritos o publicados por primera vez.

Un canto para Bolívar

Padre nuestro que estás en la tierra, en el agua, en el aire
de toda nuestra extensa latitud silenciosa,
todo lleva tu nombre, padre, en nuestra morada:
tu apellido la caña levanta a la dulzura,
el estaño bolívar tiene un fulgor bolívar,
el pájaro bolívar sobre el volcán bolívar,
la patata, el salitre, las sombras especiales,
las corrientes, las vetas de fosfórica piedra,
todo lo nuestro viene de tu vida apagada,
tu herencia fueron ríos, llanuras, campanarios,
tu herencia es el pan nuestro de cada día, padre.

Tu pequeño cadáver de capitán valiente
ha extendido en lo inmenso su metálica forma,
de pronto salen dedos tuyos entre la nieve
y el austral pescador saca a la luz de pronto
tu sonrisa, tu voz palpitando en las redes.

De qué color la rosa que junto a tu alma alcemos?
Roja será la rosa que recuerde tu paso.
Cómo serán las manos que toquen tu ceniza?
Rojas serán las manos que en tu ceniza nacen.
Y cómo es la semilla de tu corazón muerto?
Es roja la semilla de tu corazón vivo.

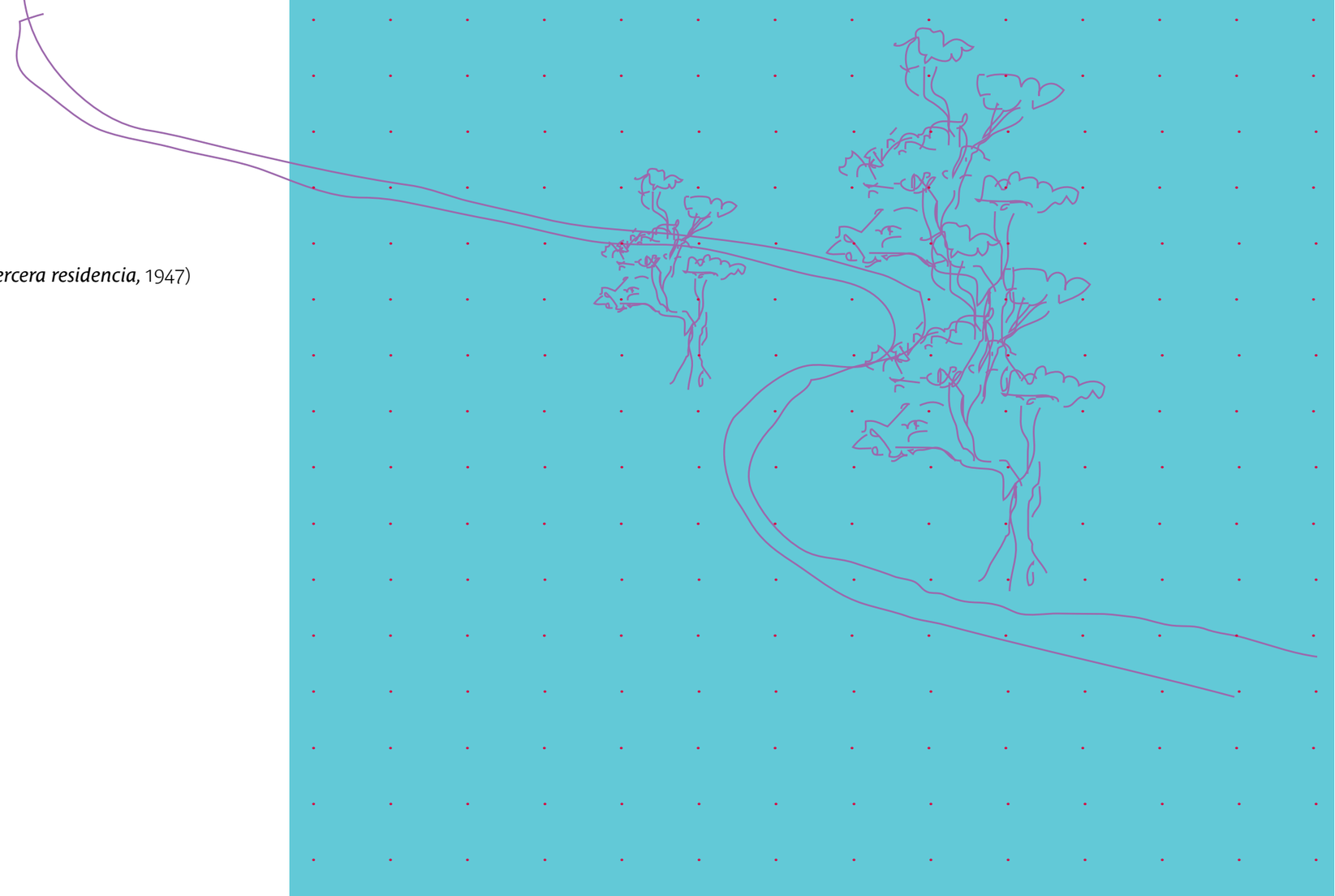
Por eso es hoy la ronda de manos junto a ti.
Junto a mi mano hay otra y hay otra junto a ella,
y otra más, hasta el fondo del continente oscuro.
Y otra mano que tú no conociste entonces
viene también, Bolívar, a estrechar a la tuya:
de Teruel, de Madrid, del Jarama, del Ebro,
de la cárcel, del aire, de los muertos de España
llega esta mano roja que es hija de la tuya.

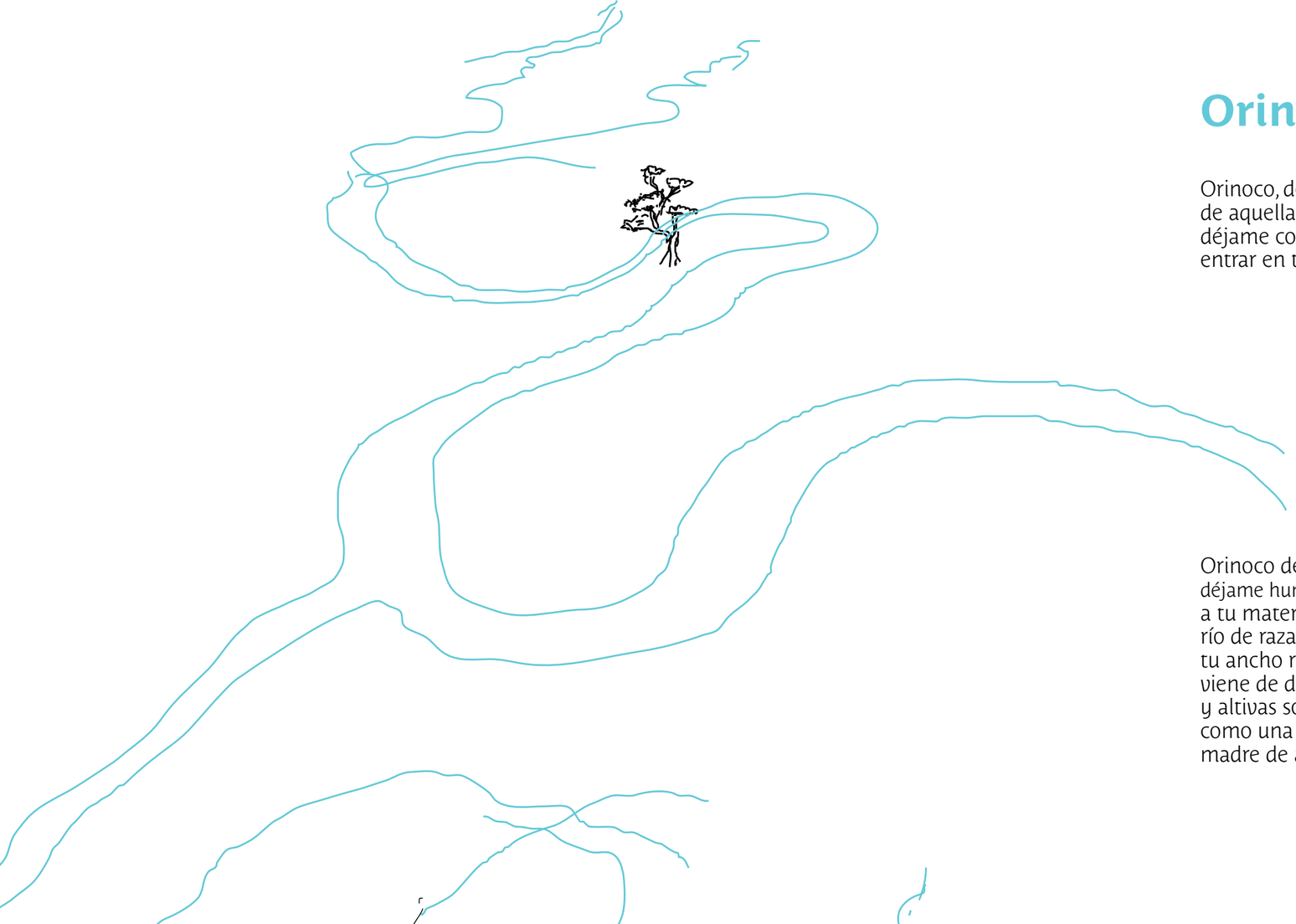
Capitán, combatiente, donde una boca
grita libertad, donde un oído escucha,
donde un soldado rojo rompe una frente parda,
donde un laurel de libres brota, donde una nueva
bandera se adorna con la sangre de nuestra insigne aurora,
Bolívar, capitán, se divisa tu rostro.
Otra vez entre pólvora y humo tu espada está naciendo.
Otra vez tu bandera con sangre se ha bordado.
Los malvados atacan tu semilla de nuevo,
clavado en otra cruz está el hijo del hombre.

Pero hacia la esperanza nos conduce tu sombra,
el laurel y la luz de tu ejército rojo
a través de la noche de América con tu mirada mira.
Tus ojos que vigilan más allá de los mares,
más allá de los pueblos oprimidos y heridos,
más allá de las negras ciudades incendiadas,
tu voz nace de nuevo, tu mano otra vez nace:
tu ejército defiende las banderas sagradas:
la Libertad sacude las campanas sangrientas,
y un sonido terrible de dolores precede
la aurora enrojecida por la sangre del hombre.
Libertador, un mundo de paz nació en tus brazos.
La paz, el pan, el trigo de tu sangre nacieron,
de nuestra joven sangre venida de tu sangre
saldrán paz, pan y trigo para el mundo que haremos.

Yo conocí a Bolívar una mañana larga,
en Madrid, en la boca del Quinto Regimiento,
Padre, le dije, eres o no eres o quién eres?
Y mirando el Cuartel de la Montaña, dijo:
"Despierto cada cien años cuando despierta el pueblo".

(*Tercera residencia,* 1947)



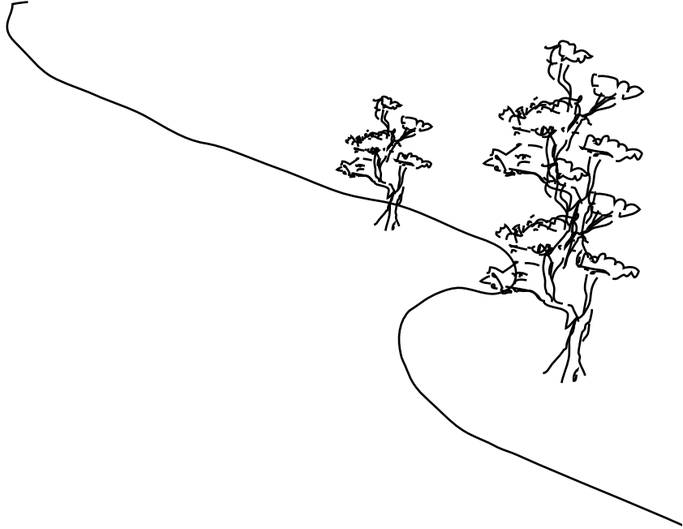


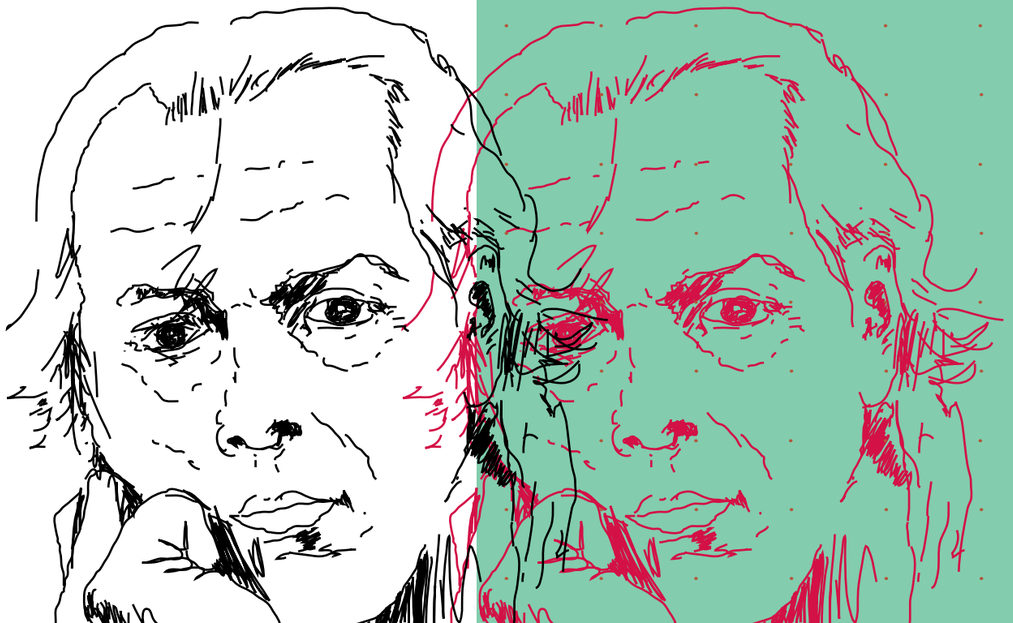
Orinoco

Orinoco, déjame en tus márgenes
de aquella hora sin hora:
déjame como entonces ir desnudo,
entrar en tus tinieblas bautismales.

Orinoco de agua escarlata,
déjame hundir las manos que regresan
a tu maternidad, a tu transcurso,
río de razas, patria de raíces,
tu ancho rumor, tu lámina salvaje
viene de donde vengo, de las pobres
y altivas soledades, de un secreto
como una sangre, de una silenciosa
madre de arcilla.

(*Canto general*, 1950)





Miranda muere en la niebla (1816)

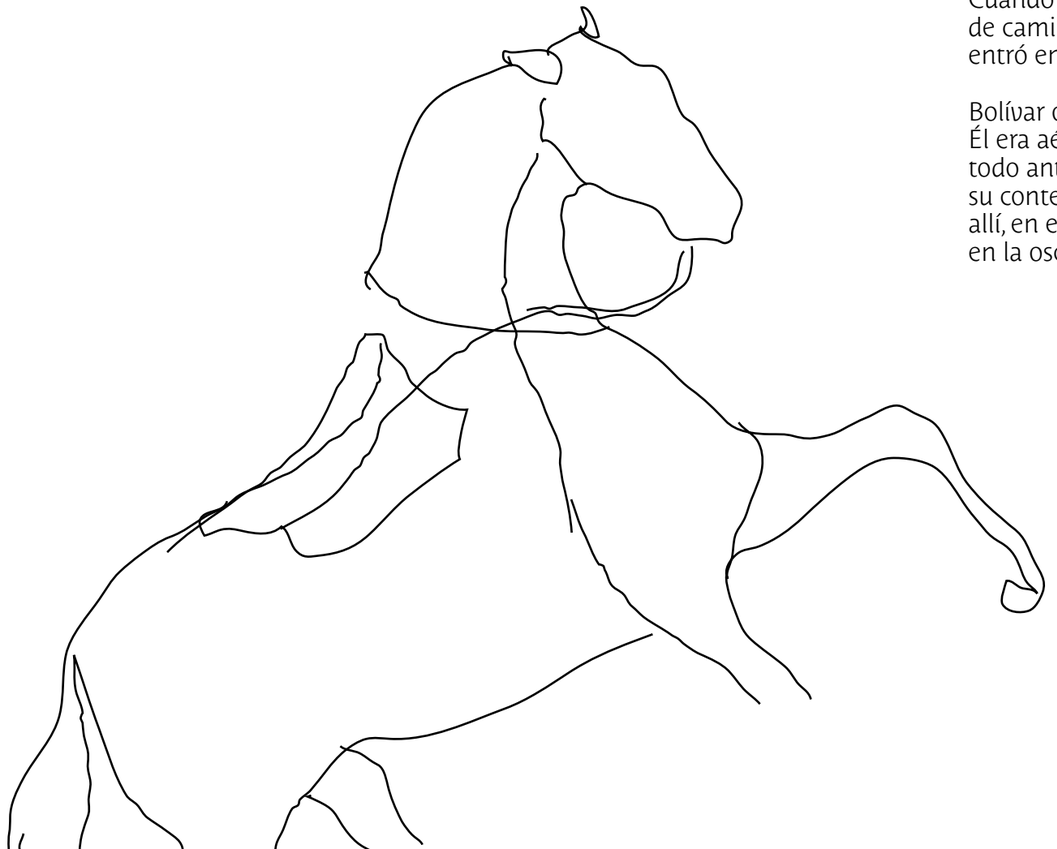
Si entráis a Europa tarde con sombrero
de copa en el jardín condecorado
por más de un Otoño junto al mármol
de la fuente mientras caen las hojas
de oro harapiento en el Imperio
si la puerta recorta una figura
sobre la noche de San Petersburgo
tiemblan los cascabeles del trineo
y alguien en la soledad blanca alguien
el mismo paso la misma pregunta
si tú sales por la florida puerta
de Europa un caballero sombra traje
inteligencia signo cordón de oro
Libertad Igualdad mira su frente
entre la artillería que truena
si en las Islas la alfombra lo conoce
la que recibe océanos Pase Ud. Ya lo creo

Cuántas embarcaciones Y la niebla
siguiendo paso a paso su jornada
si en las cavidades de logias librerías
hay alguien guante espada con un mapa
con la carpeta pululante llena
de poblaciones de navíos de aire
si en Trinidad hacia la costa el humo
de un combate y de otro el mar de nuevo
y otra vez la escalera de Bay Street la atmósfera
que lo recibe impenetrable
como un compacto interior de manzana
y otra vez esta mano patricia este azulado
guante guerrero en la antesala
largos caminos guerras y jardines
la derrota en sus labios otra sal
otra sal otro vinagre ardiente
si en Cádiz amarrado al muro
por la gruesa cadena su pensamiento el frío

horror de espada el tiempo el cautiverio
si bajáis subterráneos entre ratas
y la mampostería leprosa otro cerrojo
en un cajón de ahorcados el viejo rostro
en donde ha muerto ahogada una palabra
una palabra nuestro nombre la tierra
hacia donde querían ir sus pasos
la libertad para su fuego errante
la bajan con cordeles a la mojada
tierra enemiga nadie saluda hace frío
hace frío de tumba en Europa

(*Canto general*, 1950)

Guayaquil (1822)



Cuando entró San Martín, algo nocturno
de camino impalpable, sombra, cuero,
entró en la sala.
Bolívar esperaba.
Bolívar olfateó lo que llegaba.
Él era aéreo, rápido, metálico,
todo anticipación, ciencia de vuelo,
su contenido ser temblaba
allí, en el cuarto detenido
en la oscuridad de la historia.

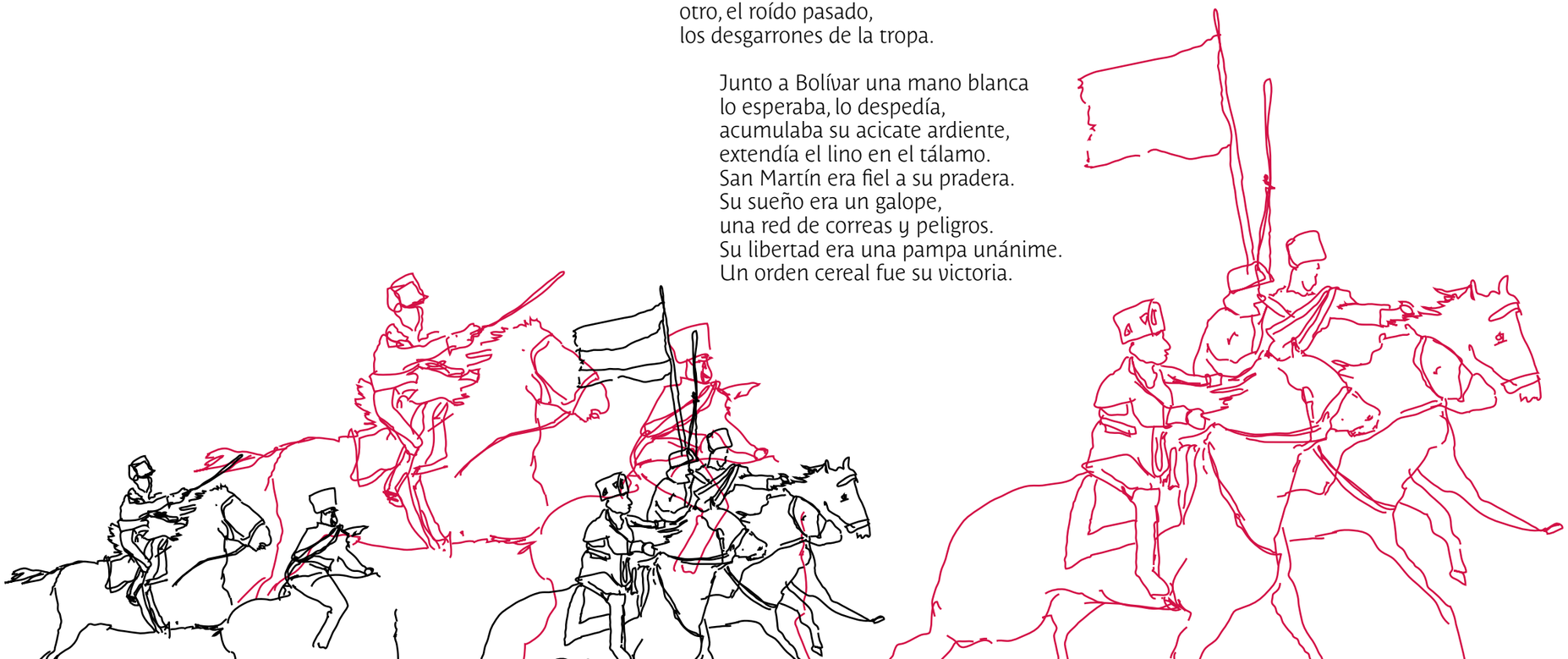
Venía de la altura indecible,
de la atmósfera constelada,
iba su ejército adelante
quebrantando noche y distancia,
capitán de un cuerpo invisible,
de la nieve que lo seguía.
La lámpara tembló, la puerta
detrás de San Martín mantuvo
la noche, sus ladridos, un rumor
tibio de desembocadura.
Las palabras abrieron un sendero
que iba y volvía en ellos mismos.
Aquellos dos cuerpos se hablaban,
se rechazaban, se escondían,
se incomunicaban, se huían.

San Martín traía del Sur
un saco de números grises,
la soledad de las monturas
infatigables, los caballos
batiendo tierras, agregándose
a su fortaleza arenaria.
Entraron con él los ásperos
arrieros de Chile, un lento
ejército ferruginoso,
el espacio preparatorio,
las banderas con apellidos
envejecidos en la pampa.

Cuanto hablaron cayó de cuerpo a cuerpo
en el silencio, en el hondo intersticio.
No eran palabras, era la profunda
emanación de las tierras adversas,
de la piedra humana que toca
otro metal inaccesible.
Las palabras volvieron a su sitio.

Cada uno, delante de sus ojos
veía sus banderas.
Uno, el tiempo con flores deslumbrantes,
otro, el roído pasado,
los desgarrones de la tropa.

Junto a Bolívar una mano blanca
lo esperaba, lo despedía,
acumulaba su acicate ardiente,
extendía el lino en el tálamo.
San Martín era fiel a su pradera.
Su sueño era un galope,
una red de correas y peligros.
Su libertad era una pampa unánime.
Un orden cereal fue su victoria.



Bolívar construía un sueño,
una ignorada dimensión, un fuego
de velocidad duradera,
tan incomunicable, que lo hacía
prisionero, entregado a su substancia.

Cayeron las palabras y el silencio.

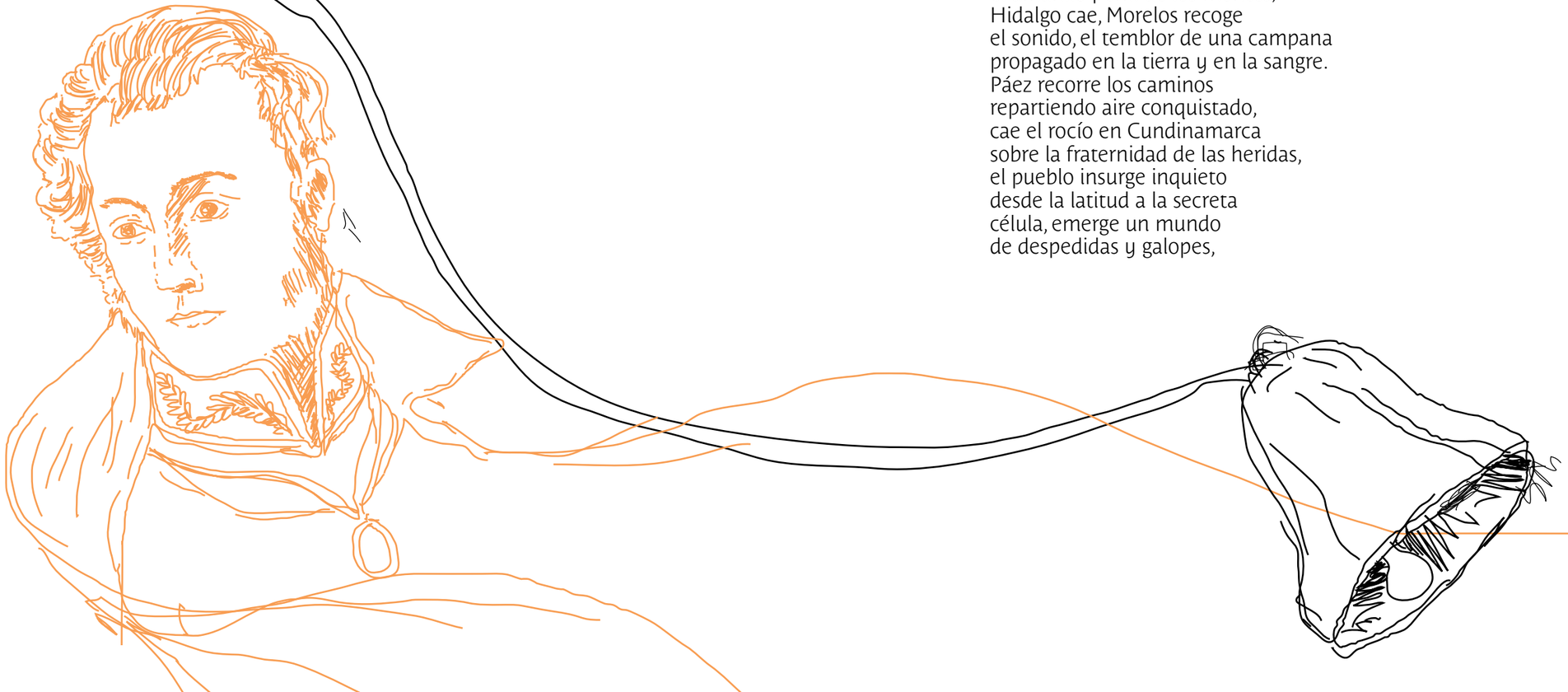
Se abrió otra vez la puerta, otra vez toda
la noche americana, el ancho río
de muchos labios palpitó un segundo.

San Martín regresó de aquella noche
hacia las soledades, hacia el trigo.
Bolívar siguió solo.

(*Canto general,* 1950)

Sucre

Sucre en las altas tierras, desbordando
el amarillo perfil de los montes,
Hidalgo cae, Morelos recoge
el sonido, el temblor de una campana
propagado en la tierra y en la sangre.
Páez recorre los caminos
repartiendo aire conquistado,
cae el rocío en Cundinamarca
sobre la fraternidad de las heridas,
el pueblo insurge inquieto
desde la latitud a la secreta
célula, emerge un mundo
de despedidas y galopes,



nace a cada minuto una bandera
como una flor anticipada:
banderas hechas de pañuelos
sangrientos y de libros libres,
banderas arrastradas al polvo
de los caminos, destrozadas
por la caballería, abiertas
por estampidos y relámpagos.

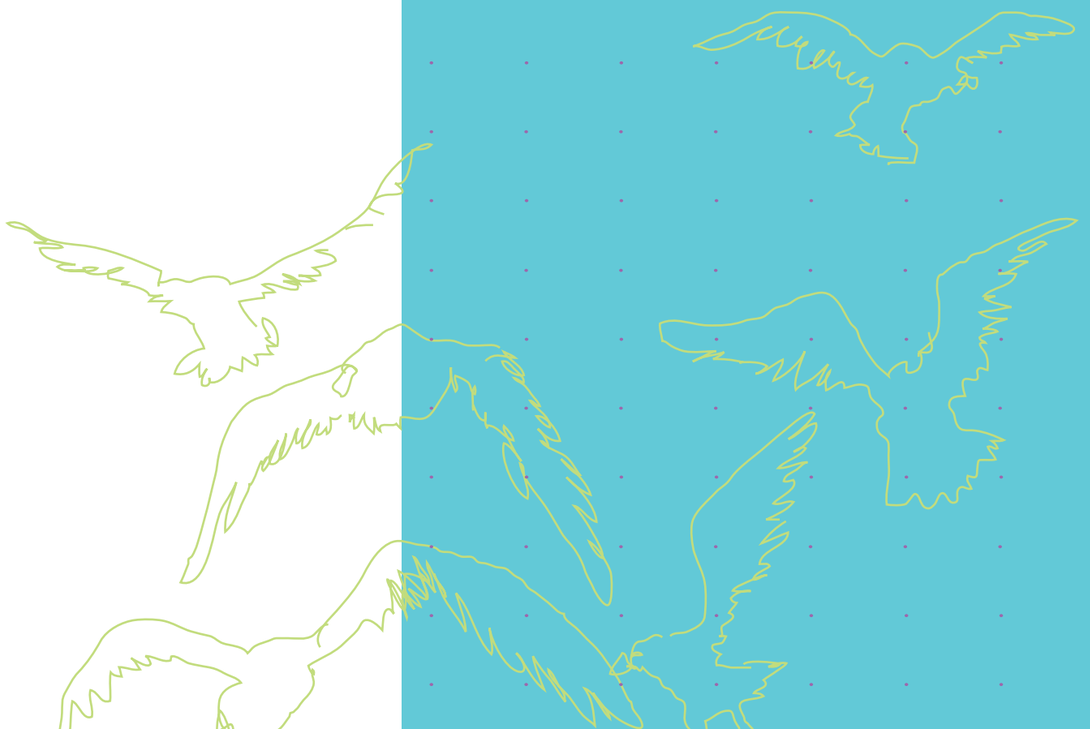
(*Canto general,* 1950)

Gómez

Gómez, tembladeral de Venezuela,
sumerge lentamente rostros,
inteligencias, en su cráter.
El hombre cae de noche en él
moviendo los brazos, tapándose
el rostro de los golpes crueles,

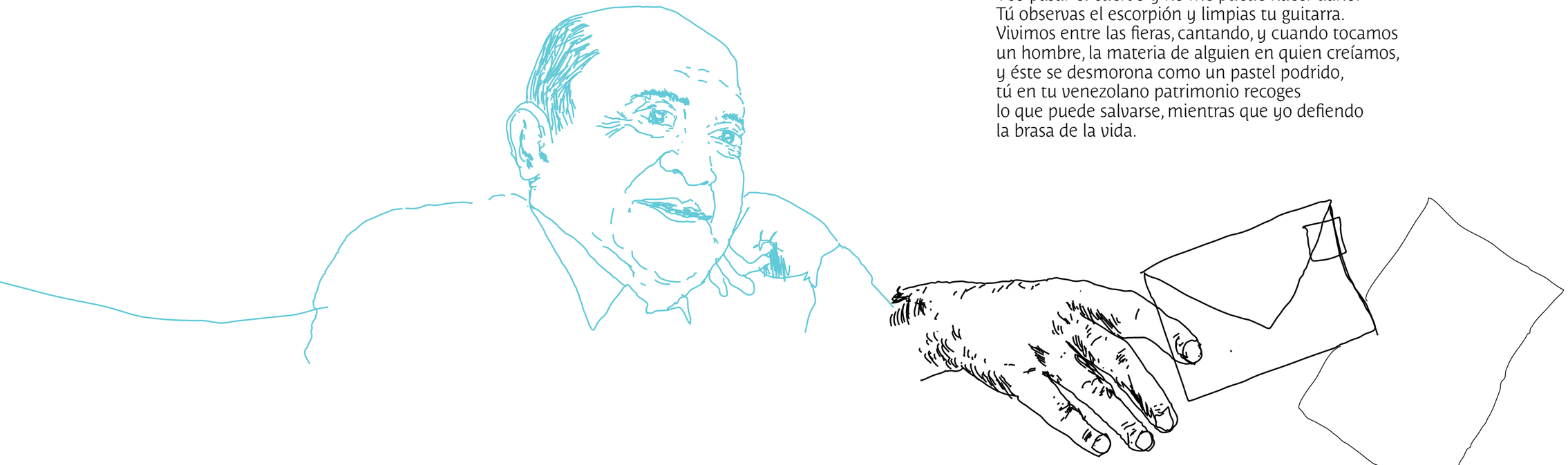
y se lo tragan cenagales,
se hunde en bodegas subterráneas,
aparece en las carreteras
cavando cargado de hierro,
hasta morir despedazado,
desaparecido, perdido.

(*Canto general,* 1950)

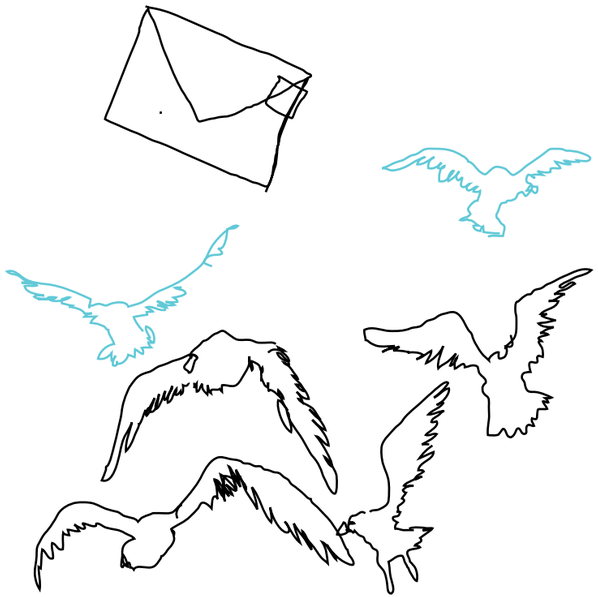


Carta a Miguel Otero Silva, en Caracas (1948)

Un amigo me trajo tu carta escrita
con palabras invisibles, sobre su traje, en sus ojos.
Qué alegre eres, Miguel, qué alegres somos!
Ya no queda en un mundo de úlceras estucadas
sino nosotros, indefinidamente alegres.
Veo pasar el cuervo y no me puede hacer daño.
Tú observas el escorpión y limpias tu guitarra.
Vivimos entre las fieras, cantando, y cuando tocamos
un hombre, la materia de alguien en quien creíamos,
y éste se desmorona como un pastel podrido,
tú en tu venezolano patrimonio recoges
lo que puede salvarse, mientras que yo defiendo
la brasa de la vida.

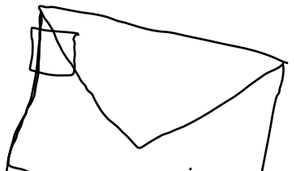


Qué alegría, Miguel!
Tú me preguntarás dónde estoy? Te contaré
—dando sólo detalles ***útiles*** al Gobierno—
que en esta costa llena de piedras salvajes
se unen el mar y el campo, olas y pinos,
águilas y petreles, espumas y praderas.
Has visto desde muy cerca y todo el día
cómo vuelan los pájaros del mar? Parece
que llevaran las cartas del mundo a sus destinos.
Pasan los alcatraces como barcos del viento,
otras aves que vuelan como flechas y traen
los mensajes de reyes difuntos, de los príncipes
enterrados con hilos de turquesa en las costas andinas,
y las gaviotas hechas de blancura redonda,
que olvidan continuamente sus mensajes.
Qué azul es la vida, Miguel, cuando hemos puesto en ella
amor y lucha, palabras que son el pan y el vino,
palabras que ellos no pueden deshonrar todavía,
porque nosotros salimos a la calle con escopeta y cantos.
Están perdidos con nosotros, Miguel.
Qué pueden hacer sino matarnos y aun así
les resulta un mal negocio, sólo pueden
tratar de alquilar un piso frente a nosotros y seguirnos
para aprender a reír y a llorar como nosotros.
Cuando yo escribía versos de amor, que me brotaban



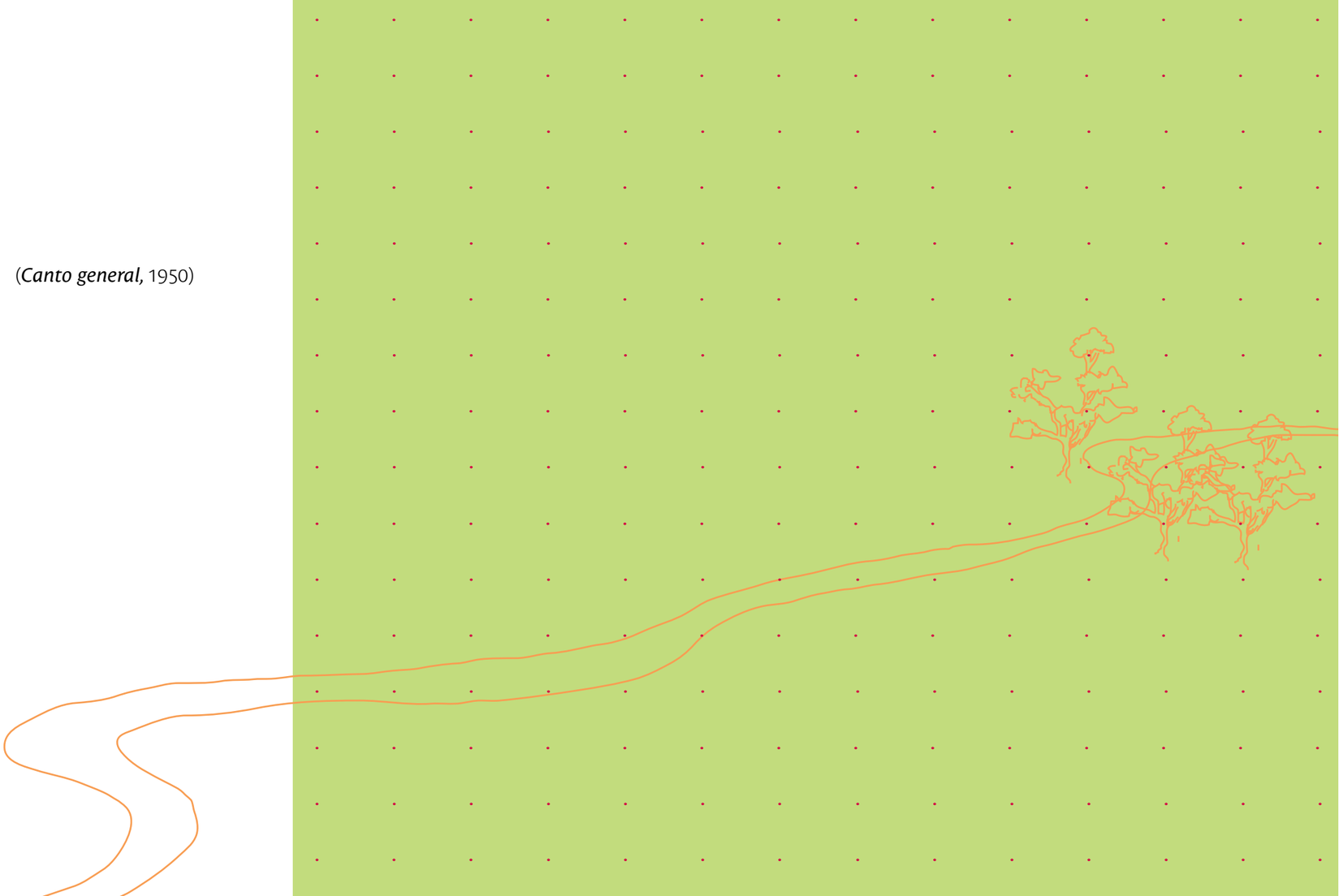
por todas partes, y me moría de tristeza,
errante, abandonado, royendo el alfabeto,
me decían: "Qué grande eres, oh Teócrito!"
Yo no soy Teócrito: tomé a la vida,
me puse frente a ella, la besé hasta vencerla,
y luego me fui por los callejones de las minas
a ver cómo vivían otros hombres.
Y cuando salí con las manos teñidas de basura y dolores,
las levanté mostrándolas en las cuerdas de oro,
y dije: "Yo no comparto el crimen".
Tosieron, se disgustaron mucho, me quitaron el saludo,
me dejaron de llamar Teócrito, y terminaron
por insultarme y mandar toda la policía a encarcelarme,
porque no seguía preocupado exclusivamente de asuntos metafísicos.
Pero yo había conquistado la alegría.
Desde entonces me levanté leyendo las cartas
que traen las aves del mar desde tan lejos,
cartas que vienen mojadas, mensajes que poco a poco
voy traduciendo con lentitud y seguridad: soy meticuloso
como un ingeniero en este extraño oficio.

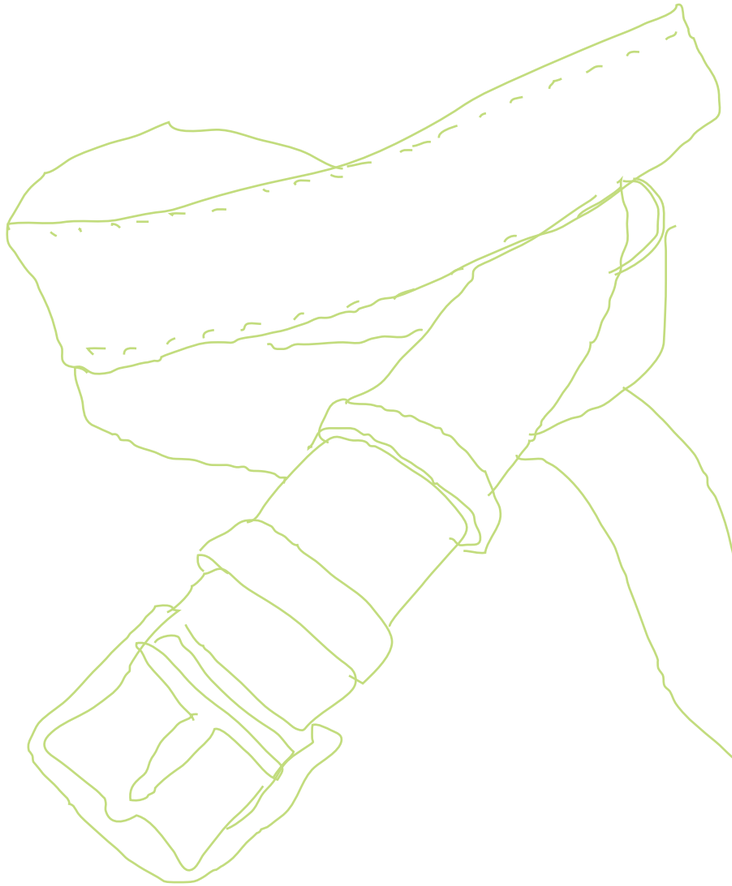
Y salgo de repente a la ventana. Es un cuadrado
de transparencia, es pura la distancia
de hierbas y peñascos, y así voy trabajando
entre las cosas que amo: olas, piedras, avispas,
con una embriagadora felicidad marina.
Pero a nadie le gusta que estemos alegres, a ti te asignaron
un papel bonachón: "Pero no exagere, no se preocupe",
y a mí me quisieron clavar en un insectario, entre las lágrimas,
para que éstas me ahogaran y ellos pudieran decir sus discursos en mi tumba.
Yo recuerdo un día en la pampa arenosa
del salitre, había quinientos hombres
en huelga. Era la tarde abrasadora
de Tarapacá. Y cuando los rostros habían recogido
toda la arena y el desangrado sol seco del desierto,
yo vi llegar a mi corazón, como una copa que odio,
la vieja melancolía. Aquella hora de crisis,
en la desolación de los salares, en ese minuto débil de
la lucha, en que podríamos haber sido vencidos,
una niña pequeñita y pálida venida de las minas
dijo con una voz doliente en que se juntaban el cristal y el acero
un poema tuyo, un viejo poema tuyo, que rueda entre los ojos arrugados
de todos los obreros y labradores de mi patria, de América.
Y aquel trozo de canto tuyo refulgió de repente
en mi boca como una flor purpúrea
y bajó hacia mi sangre, llenándola de nuevo
con una alegría desbordante nacida de tu canto.
Y yo pensé no sólo en ti, sino en tu Venezuela amarga.
Hace años, vi un estudiante que tenía en los tobillos
la señal de las cadenas que un general le había impuesto,
y me contó cómo los encadenados trabajaban en los caminos
y los calabozos donde la gente se perdía. Porque así ha sido nuestra América:
una llanura con ríos devorantes y constelaciones
de mariposas (en algunos sitios, las esmeraldas son espesas como manzanas),
pero siempre a lo largo de la noche y de los ríos
hay tobillos que sangran, antes cerca del petróleo,
hoy cerca del nitrato, en Pisagua, donde un déspota sucio
ha enterrado la flor de mi patria para que muera, y él pueda comerciar con los huesos.
Por eso cantas, por eso, para que América deshonrada y herida
haga temblar sus mariposas y recoja sus esmeraldas
sin la espantosa sangre del castigo, coagulada
en las manos de los verdugos y de los mercaderes.
Yo comprendí qué alegre estarías, cerca del Orinoco, cantando,
seguramente, o bien comprando vino para tu casa,
ocupando tu puesto en la lucha y en la alegría,
ancho de hombros, como son los poetas de este tiempo,
—con trajes claros y zapatos de camino—.
Desde entonces, he ido pensando que alguna vez te escribiría,
y cuando el amigo llegó, todo lleno de historias tuyas
que se le desprendían de todo el traje
y que bajo los castaños de mi casa se derramaron,
me dije: "Ahora", y tampoco comencé a escribirte.
Pero hoy ha sido demasiado: pasó por mi ventana



no sólo un ave del mar, sino millares,
y recogí las cartas que nadie lee y que ellas llevan
por las orillas del mundo, hasta perderlas.
Y entonces, en cada una leía palabras tuyas
y eran como las que yo escribo y sueño y canto,
y entonces decidí enviarte esta carta, que termino aquí
para mirar por la ventana el mundo que nos pertenece.

(*Canto general,* 1950)



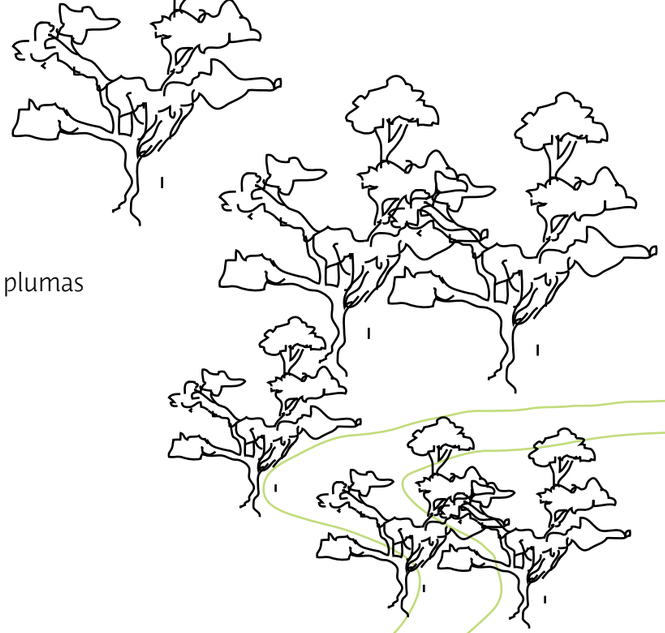


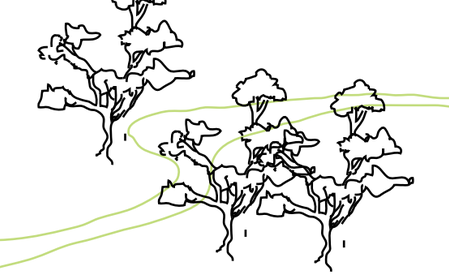
El cinturón de Orinoco

Carlos Augusto me ha mandado
un cinturón de cuero de Orinoco.
Ahora a la cintura
llevo un río,
aves nupciales que en su vuelo levantan
los pétalos de la espesura,
el ancho trueno que perdí en la infancia
hoy lo llevo amarrado,
cosido con relámpagos y lluvia,
sujetando mis viejos pantalones.
Cuero de litoral, cuero de río,
te amo y toco,
eres flora y madera, saurio y lodo,
eres arcilla extensa.
Paso mi mano sobre tus arrugas
como sobre mi patria. Tienes labios
de un beso que me busca.

Pero no sólo amor, oh tierra, tienes,
sé que también me guardas
la dentellada, el filo, el exterminio
que preguntan por mí todos los días,
porque tu costa, América, no tiene sólo plumas
de un abanico incendiario,
no tiene sólo azúcar luminoso,
frutas que parpadean,
sino que el venenoso susurro
de la cuchillada secreta.

Aquí sólo
me he probado el río:
no queda mal en mi cintura.
El Orinoco
es como un apellido que me falta.
Yo me llamo Orinoco,
yo debo ir con el agua a la cintura,
y desde ahora esta línea de cuero
crecerá con la luna,
abrirá sus estuarios en la aurora,
caminará las calles
conmigo y entrará en las reuniones
recordándome
de dónde soy: de las tierras abruptas
de Sinaloa y de Magallanes,
de las puntas de hierro andino,
de las islas huracanadas,
pero más que de todos los sitios,
del río caimán verde,





del Orinoco, envuelto
por sus respiraciones,
que entre sus dos orillas siempre recién bordadas
va extendiendo su canto por la tierra.

Carlos Augusto, gracias,
joven hermano, porque a mi destierro
el agua patria me mandaste. Un día
verás aparecer en la corriente
del río que desatada corre y nos reúne,
un rostro, nuestro pueblo,
alto y feliz cantando con las aguas.
Y cuando ese rostro nos mire
pensaremos "hicimos nuestra parte"
y cantaremos con nuestros ríos,
con nuestros pueblos cantaremos.

(*Las uvas y el viento*, 1954)

Oda a los nombres de Venezuela

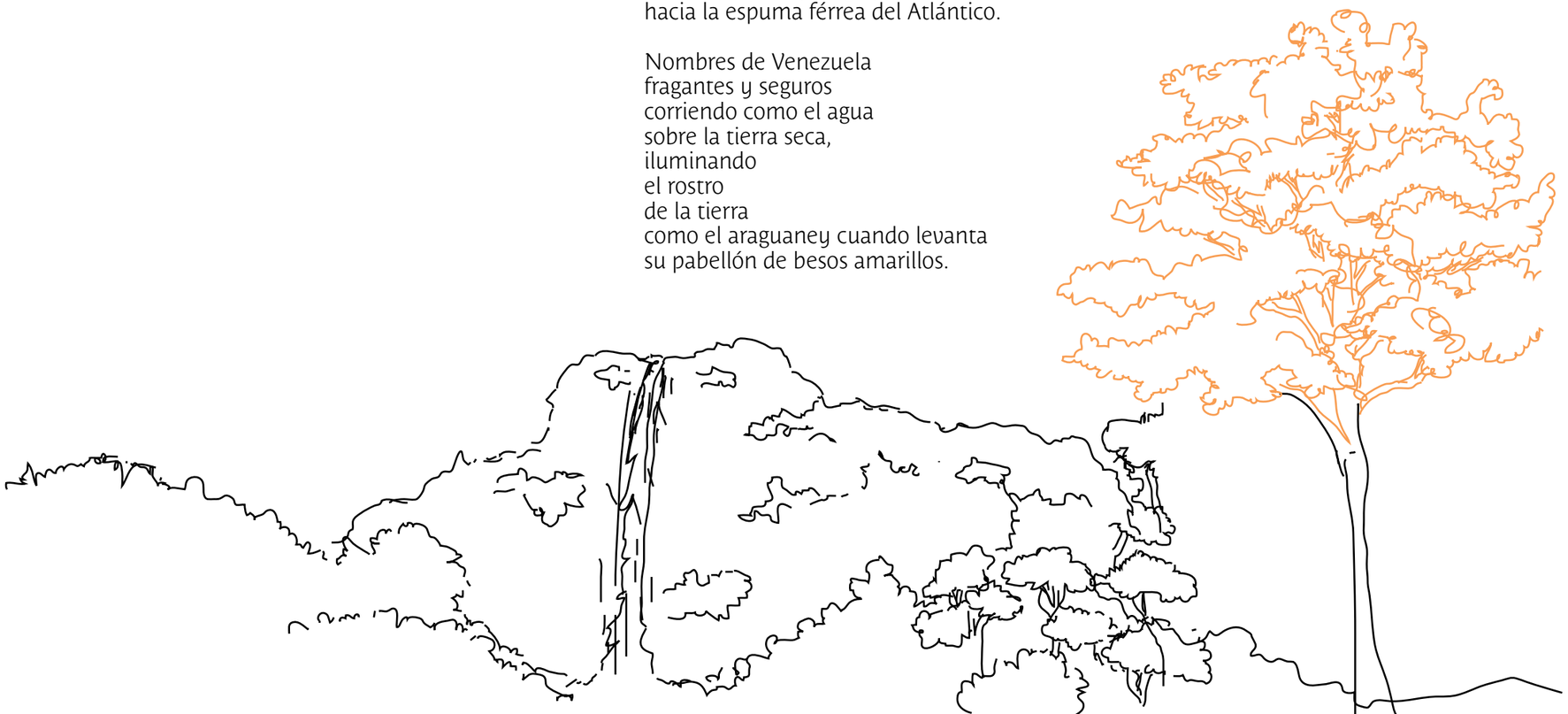
Los llanos requemados
de febrero,
ardiente es Venezuela
y el camino divide
su extensa llamarada,
la luz fecundadora
despojó el poderío
de la sombra.
Cruzo por el camino,
mientras crece
el planeta a cada lado,
desde Barquisimeto
hacia Acarigua.
Como un martillo
el sol
pega
en las ramas,
clava
clavos celestes
a la tierra,
estudia los rincones
y como un gallo encrespa
su plumaje
sobre las tejas verdes de Barinas,
sobre los párpados de Suruguapo.

Tus nombres, Venezuela,
los ritos

enterrados,
el agua, las batallas,
el sombrío
enlace de jaguar y cordilleras,
los plumajes
de las desconocidas
aves condecoradas
por la selva,
las palabras
apenas
entreabiertas
como de pluma o polen,
o los duros
nombres de lanza o piedra:

Aparurén, Guasipati, Canaima,
Casiquiare, Mavaca,
o más lejos, Maroa,
donde los ríos bajo las tinieblas
combaten como espadas,
arrastran tu existencia,
madera, espacio, sangre,
hacia la espuma férrea del Atlántico.

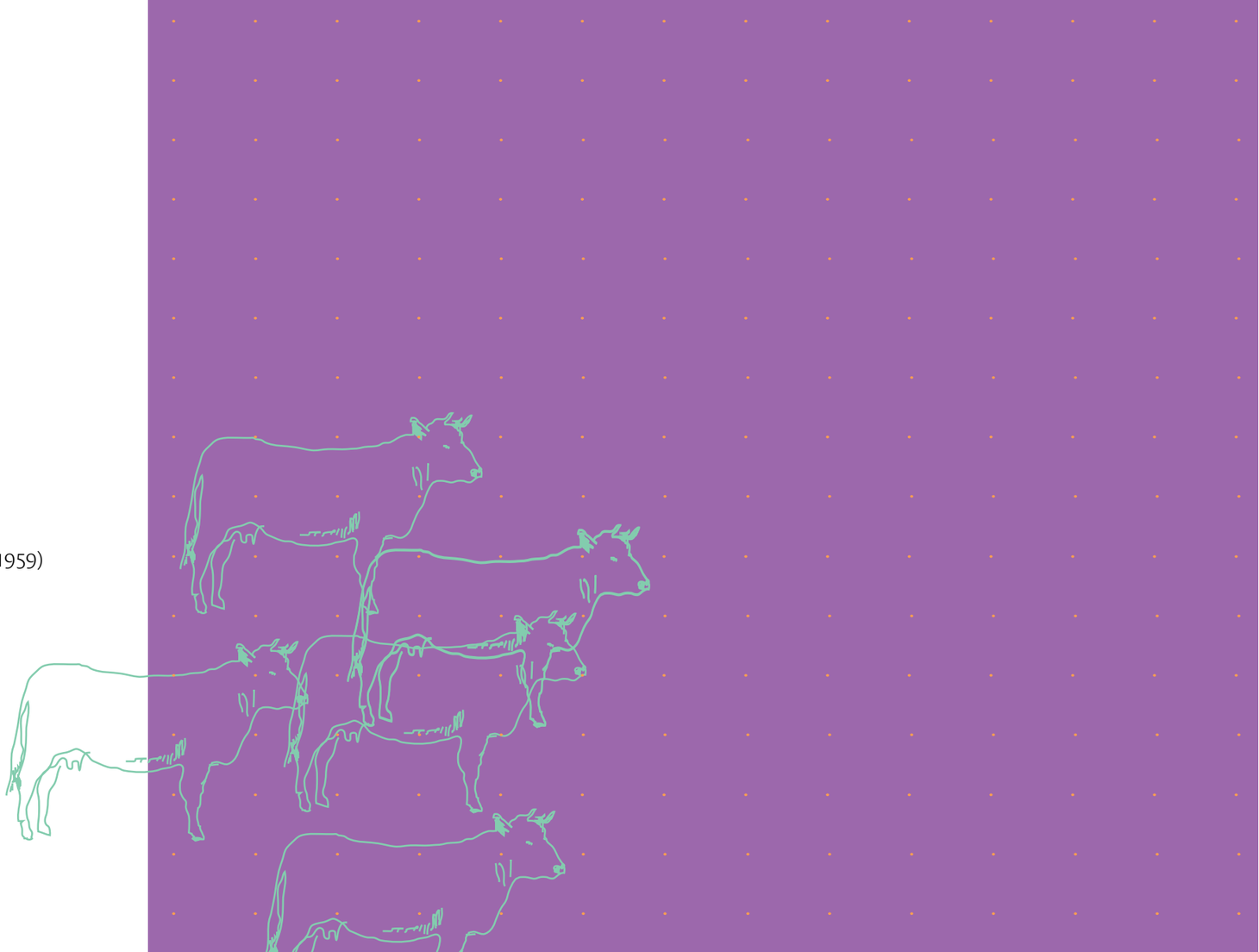
Nombres de Venezuela
fragantes y seguros
corriendo como el agua
sobre la tierra seca,
iluminando
el rostro
de la tierra
como el araguaney cuando levanta
su pabellón de besos amarillos.

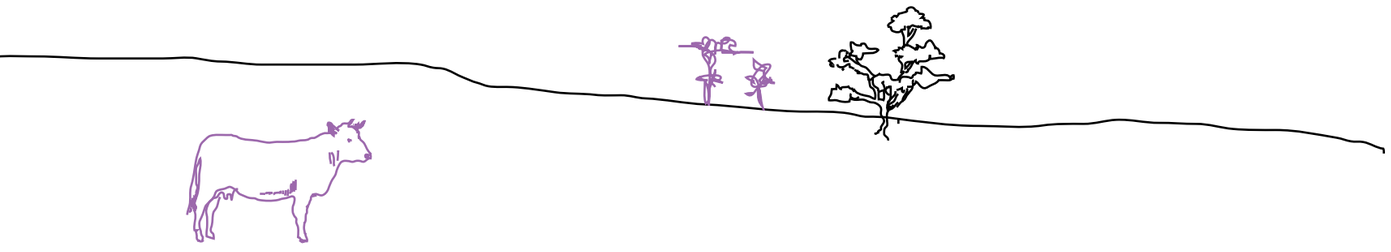


Ocumare,
eres ojo, espuma y perla,
Tocuyo, hijo de harina,
Siquisique, resbalas
como un jabón mojado y oloroso
y, si escogiera, el Sol
nacería en el nombre de Carora,
el agua nacería en Cabudare,
la noche dormiría en Sabaneta.

En Chiriguare, en Guay, en Urucure,
en Coro, en Bucaral, en Moroturo,
en todas las regiones
de Venezuela desgranada
no recogí sino este,
este tesoro:
las semillas ardientes de esos nombres,
que sembraré en la tierra mía, lejos.

(*Navegaciones y regresos,* 1959)





Oda de adiós a Venezuela

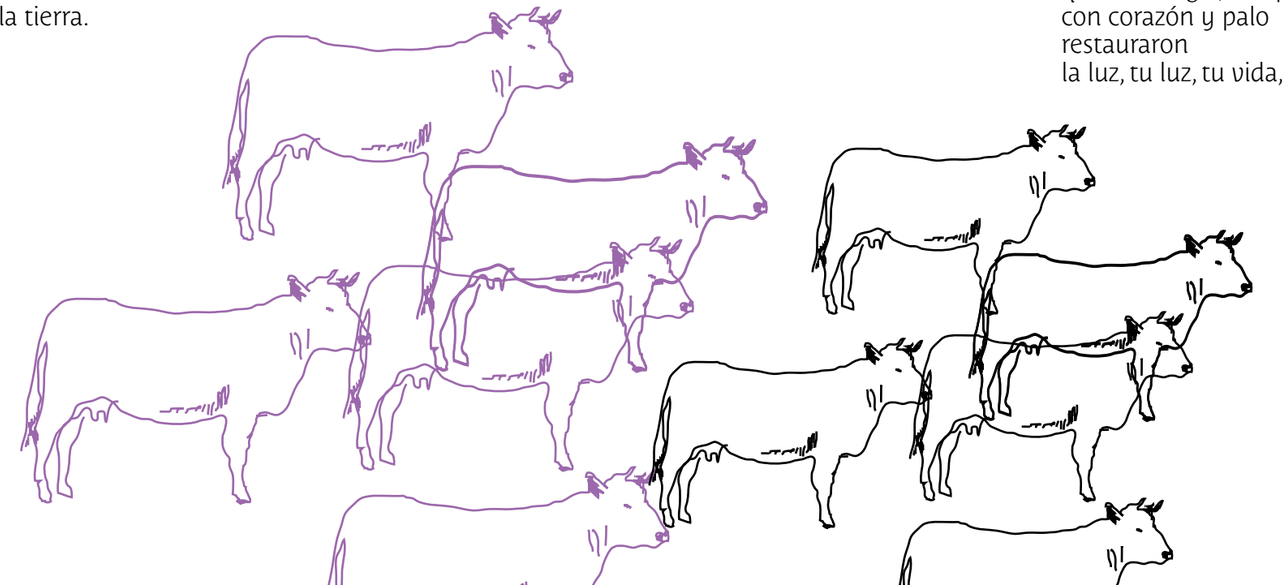
Antes, y para mí, sierras hostiles,
cordilleras oscuras
y pequeños soldados
de traje cruel y bala en boca,
me apartaron,
me dijeron "No pases"
"No veas" "No presencies".

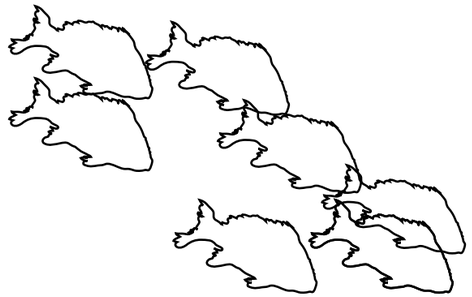
Ahora regreso
de la anchura insigne,
de la espaciosa miel venezolana,
y fui, fuimos felices:
he tocado y he visto,
he presenciado,
hablé con la palmera,
conversé con el hombre,
me senté solo en las lejanas plazas,
hablé con el silencio,
toqué las tierras incendiadas,
suelo de petróleo profundo:
nada estaba cerrado,
se abrió una puerta y no vi a nadie
porque allí estaban todos,
y no me dieron nada
sino toda la tierra y todo el hombre.

Yo caminé la Venezuela dura,
las piedras del calvario,

la sangre de caminos y prisiones,
la camisa infernal que le cosieron
sus antiguos dolores
y vi una Venezuela
clara como la arepa,
firme y pura,
recién salida, intacta, del tormento.

Ay cuando hacia las islas
palpitantes pasaron
los corocoros como si pasara
volando el fuego vivo,
comprendí que nacía,
que por primera vez miraba el mundo
y que los ibis rojos esparcían
la semilla del sol sobre la tierra.





Me convidaste, patria calurosa,
a comer frente al mar o entre los montes
en tu mesa de pobres y de ricos,
y eras allí
perpetua y generosa
como si derramándote entregaras
no sólo el parto de la geología,
sino tu corazón interminable.

Por tus calles rosadas
subí a la rosa gris de la Charneca
y allí vi a los valientes,
a los pequeños hombres,
y mujeres, y niños,
que con fulgor, con piedras,
con corazón y palo
restauraron
la luz, tu luz, tu vida, nuestra vida.

Por esa luz pude llegar tan lejos
y tan cerca, a la piel de tus llanuras,
a la infinita línea de tus ríos
y ahora me voy, y a todo
le digo adiós, me voy con mi guitarra.
A mi patria regreso
con mi mujer, Matilde, y con mi canto.
No sé si volveremos.
Mientras tanto nos vamos con tu estrella.

(*Navegaciones y regresos,* 1959)

Por Venezuela

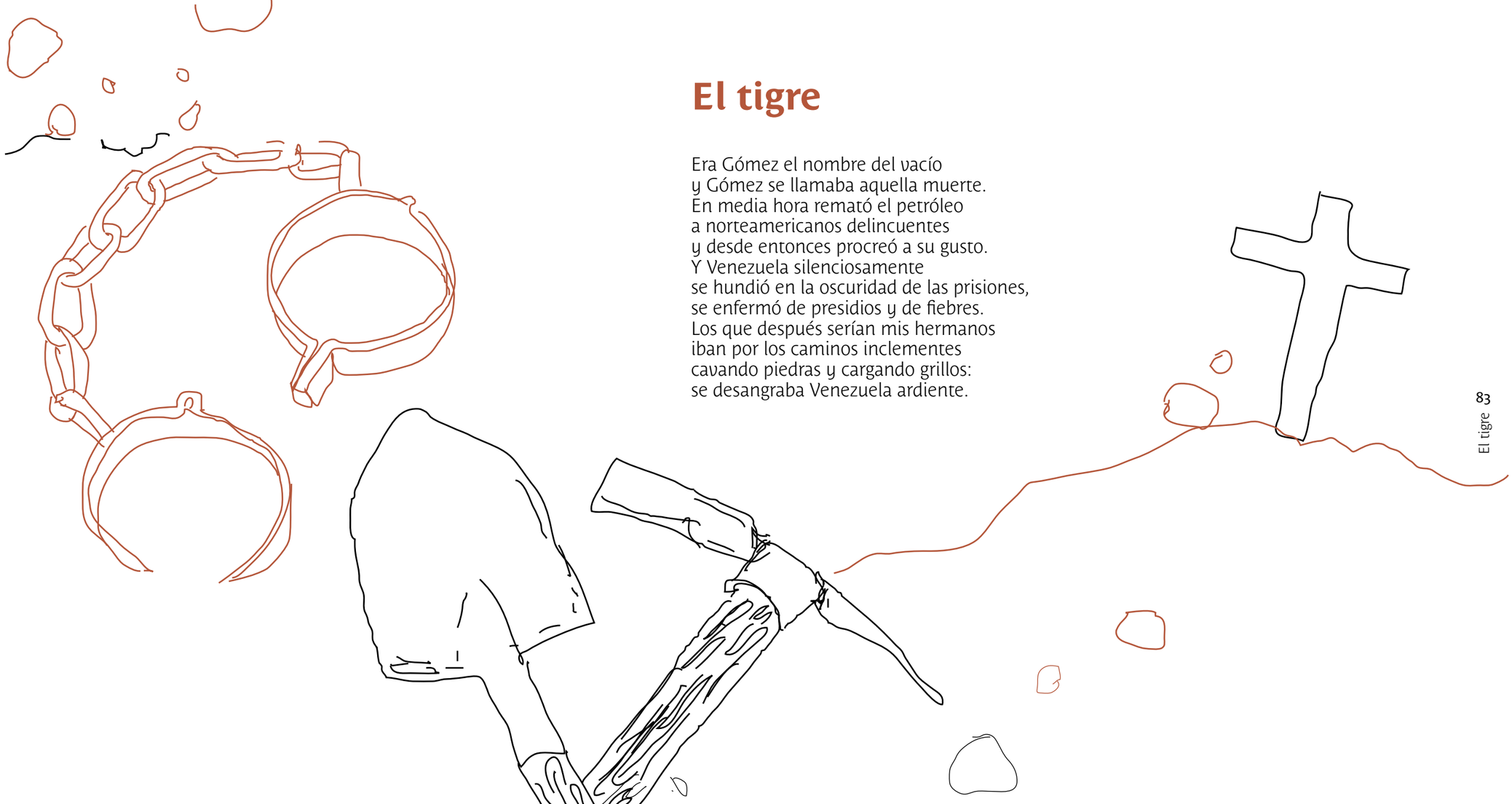
A Venezuela amé, pero no estaba.
La busqué entre los nombres que vivían:
llamé y llamé, no respondía nadie,
no respondió la patria sumergida
y sin embargo el mapa le otorgó
las esmeraldas de la geografía,
las montañas con pájaros de nieve,
un fuego azul custodiaba sus islas,
el petróleo quemaba sus caderas
y bordaba con oro su camisa,
el Orinoco era una carta eterna
escrita con caimanes y noticias,
en fin, en fin, sonaba Venezuela
como una capital ferretería
con diamantes, cascadas y tapires
y respiraba con Simón Bolívar
(mientras llegaba a Chile un caballero
a enloquecernos con su ortografía).

Y bien y bien anduve por el mundo,
toqué puertas amigas y enemigas
y todos los países en su sitio
se colocaron para mi visita
como los vi en el mapa cuando niño:
el Asia verde, Inglaterra carnívora,
España inaugurando sus sepulcros,
Francia fragante y apenas vestida,
Suiza como un reloj entre los locos,
Alemania ensayando artillería,
Rusia cambió de nombre y apellido,
en Roma Dios alojaba y sufría,
mientras tanto buscando a Venezuela
sin encontrarla me pasé los días
hasta que Picón Salas de Caracas
llegó a explicarme lo que sucedía.

(*Canción de gesta,* 1960)

El tigre

Era Gómez el nombre del vacío
y Gómez se llamaba aquella muerte.
En media hora remató el petróleo
a norteamericanos delincuentes
y desde entonces procreó a su gusto.
Y Venezuela silenciosamente
se hundió en la oscuridad de las prisiones,
se enfermó de presidios y de fiebres.
Los que después serían mis hermanos
iban por los caminos inclementes
cavando piedras y cargando grillos:
se desangraba Venezuela ardiente.



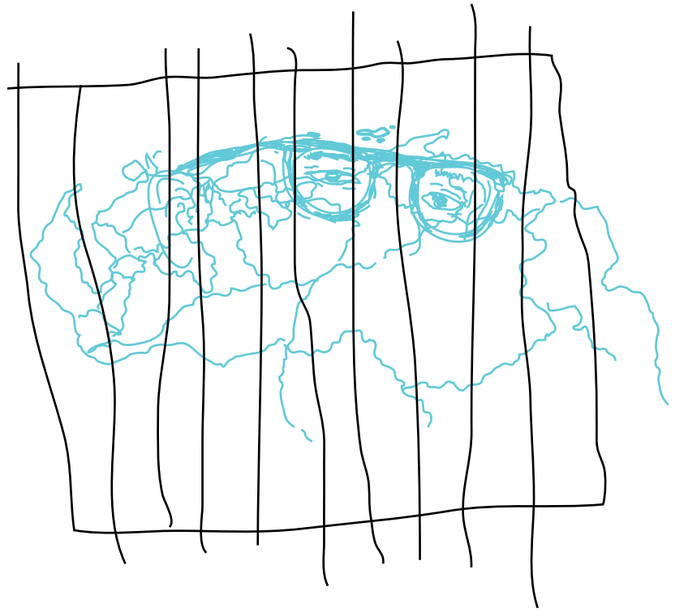
Gabaldón me contó cómo escuchaba
morir desde su celda a un insurgente:
se lo comieron vivos los gusanos,
y él oía gemir a su pariente
y no sabía qué estaba pasando
hasta que aquellos cortos gritos crueles
se terminaron. Y ése era el silencio
de Venezuela: nadie respondía.
Vivían los gusanos y la muerte.

(*Canción de gesta,* 1960)

Pérez Jiménez

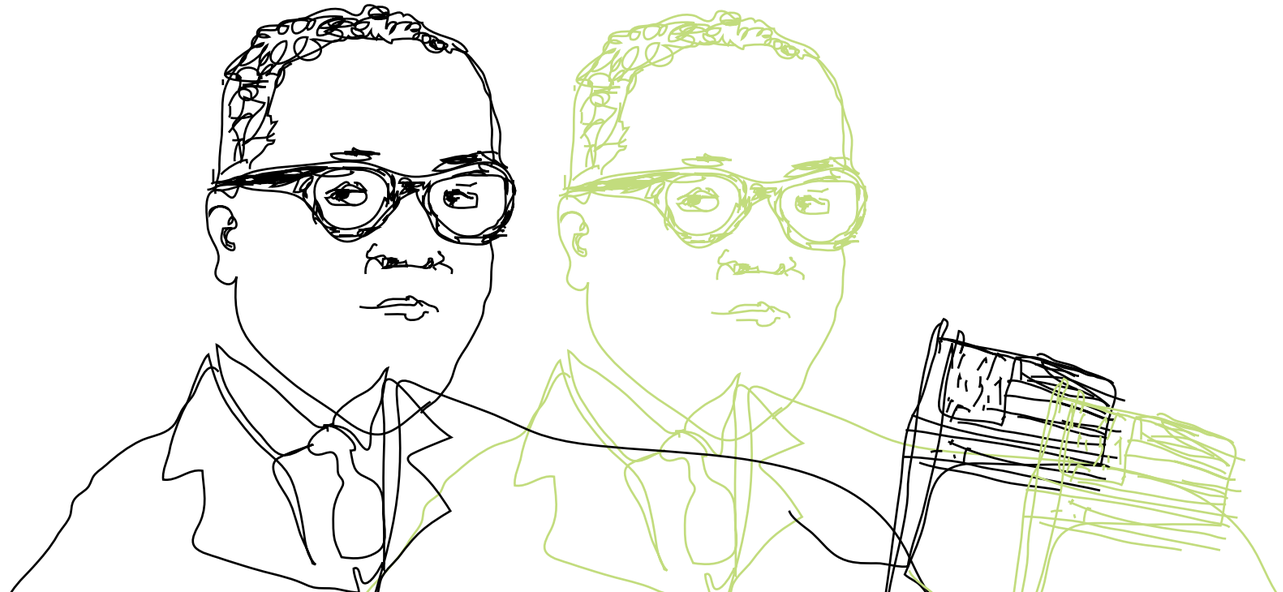
La libertad con Medina Angarita
y el decoro con Rómulo Gallegos
cruzaron fugazmente Venezuela
como aves de otras tierras en su vuelo
y volvieron las bestias del terror
a levantar sus patas y sus pelos.
La noche parturienta lo parió:
Pérez Jiménez se llamó el murciélago.

Era redondo de alma y de barriga
pestilente, ladrón y circunflejo,
era un gordo lagarto de pantano
un mono roedor, un loro obeso,
era un prostibulario maleante
cruzamiento de rana y de cangrejo,
bastardo de Trujillo y de Somoza
procreado en el State Departamento
para uso interno de los monopolios,
de quienes fue felpudo amarillento,
ambiguo subproducto del petróleo
y voraz tiburón del excremento,
este sapo salido de la ciénaga
se dedicó a su propio presupuesto:
por fuera charreteras y medallas,
propiedades y dólares por dentro,
este bravío militar sin guerras
se ascendió solo a grados suculentos.



Hasta aquí la comedia que describo
en el certamen de lo pintoresco
pero Pérez Jiménez encerró
a Venezuela y le aplicó el tormento.
Se llenó de dolores su bodega,
de miembros rotos y partidos huesos
y los presidios otra vez volvieron
a ser poblados por los más honestos.
Así volvió el pasado a Venezuela
a levantar su látigo sangriento
hasta que por las calles de Caracas
las bocinas se unieron en el viento,
se rompieron los muros del tirano
y desató su majestad el pueblo.
Lo demás vuelve a ser nuevo y antiguo
historia igual de nuestro triste tiempo:
hacia Miami el majestuoso sátrapa
corrió como sonámbulo conejo:
allí tiene palacio y lo esperaba
el Mundo Libre con los brazos abiertos.

(*Canción de gesta,* 1960)



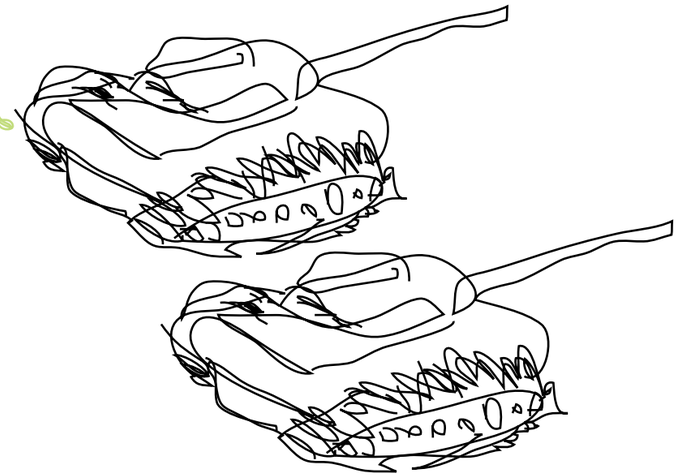
Un demócrata extraño

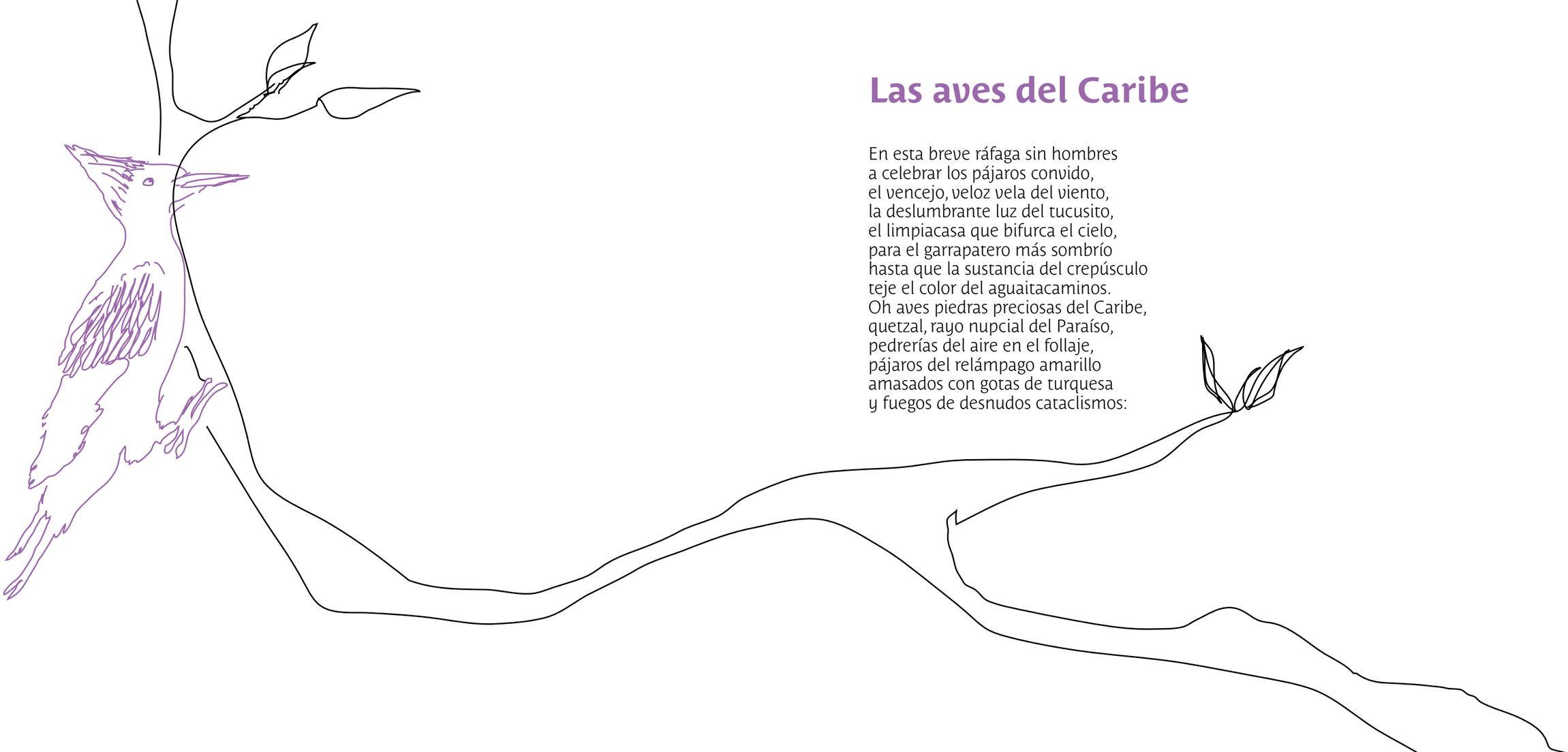
Betancourt se sentó en las esperanzas
de Venezuela como un fardo espeso,
este señor es cuadrado por fuera
y es opaco por dentro como un queso:
estudió mucho para Presidente
(para ser hombre nunca tuvo tiempo).
Al fin en Nueva York le dieron títulos
de especialista en leyes y gobiernos,
recomendado por Muñoz Marín
los gringos lo estudiaron un momento
y lo depositaron en Caracas,
empaquetado en sus conocimientos:
aprendió inglés para cumplir sus órdenes,
en todo fue cumplido y circunspecto:

ojos y oídos hacia Norteamérica
y para Venezuela sordo y ciego
pedía un sastre norteamericano
sus pantalones y sus pensamientos
hasta que hablando con la Voz del Amo
olvidó a Venezuela y a su pueblo.
Cuba le molestaba extrañamente,
por causa de Fidel perdía el sueño,
todas estas reformas, dar la tierra
a los que la trabajan, qué molesto!
y dar casas a todos los cubanos
es convertir a Cuba en un infierno!
vender azúcar a quienes la compran
es un intolerable atrevimiento!
y el pobre Betancourt fue convertido
en un triste Caín de nuestro tiempo.
Entonces en Caracas floreció
una sublevación de niños tiernos:
aquellos estudiantes insumisos
se atrincheraron en su descontento.

Betancourt, el guerrero envió de prisa
sus policías y sus regimientos,
sus tanques, sus aviones, sus fusiles
y ametralló a los niños indefensos,
y frente a sus escuelas enlutadas
entre los pizarrones y cuadernos
este demócrata "norteamericano"
dejó docenas de pequeños muertos.
Otra vez Venezuela ensangrentada
Herodes Betancourt guardó silencio.

(*Canción de gesta*, 1960)

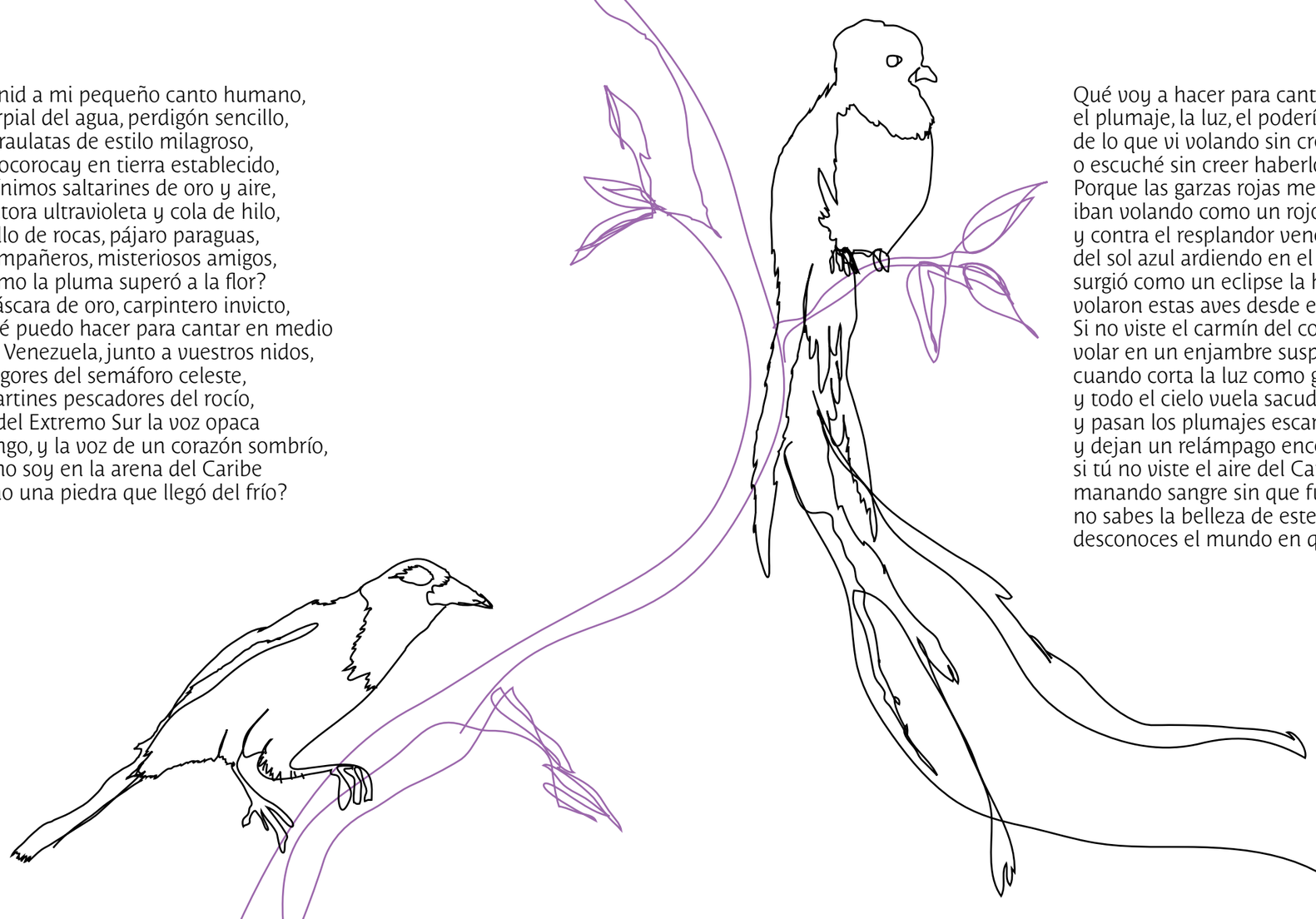




Las aves del Caribe

En esta breve ráfaga sin hombres
a celebrar los pájaros convido,
el vencejo, veloz vela del viento,
la deslumbrante luz del tucusito,
el limpiacasa que bifurca el cielo,
para el garrapatero más sombrío
hasta que la sustancia del crepúsculo
teje el color del aguaitacaminos.
Oh aves piedras preciosas del Caribe,
quetzal, rayo nupcial del Paraíso,
pedrerías del aire en el follaje,
pájaros del relámpago amarillo
amasados con gotas de turquesa
y fuegos de desnudos cataclismos:

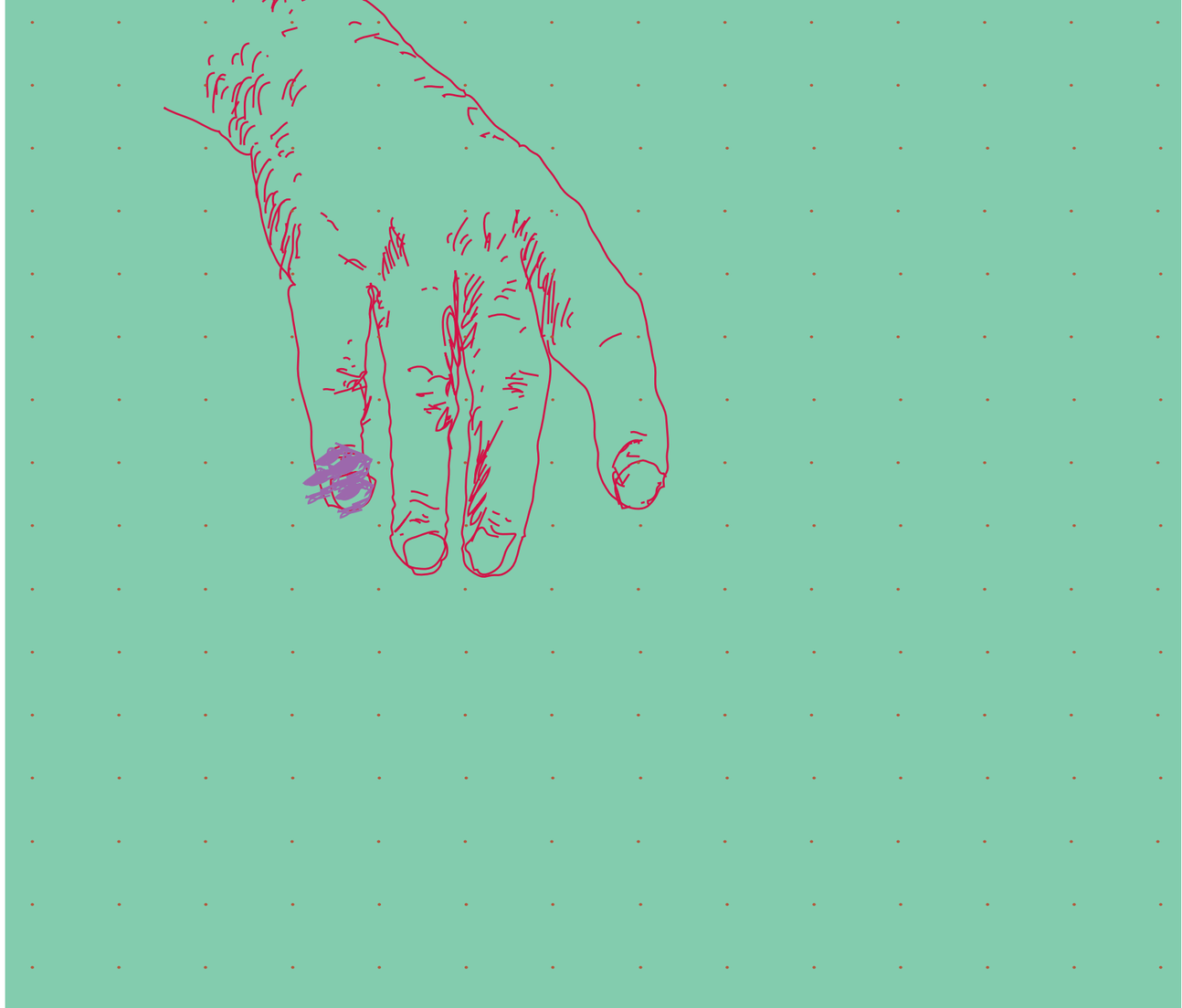
venid a mi pequeño canto humano,
turpial del agua, perdigón sencillo,
paraulatas de estilo milagroso,
chocorocay en tierra establecido,
mínimos saltarines de oro y aire,
tintora ultravioleta y cola de hilo,
gallo de rocas, pájaro paraguas,
compañeros, misteriosos amigos,
cómo la pluma superó a la flor?
Máscara de oro, carpintero invicto,
qué puedo hacer para cantar en medio
de Venezuela, junto a vuestros nidos,
fulgores del semáforo celeste,
martines pescadores del rocío,
si del Extremo Sur la voz opaca
tengo, y la voz de un corazón sombrío,
y no soy en la arena del Caribe
sino una piedra que llegó del frío?

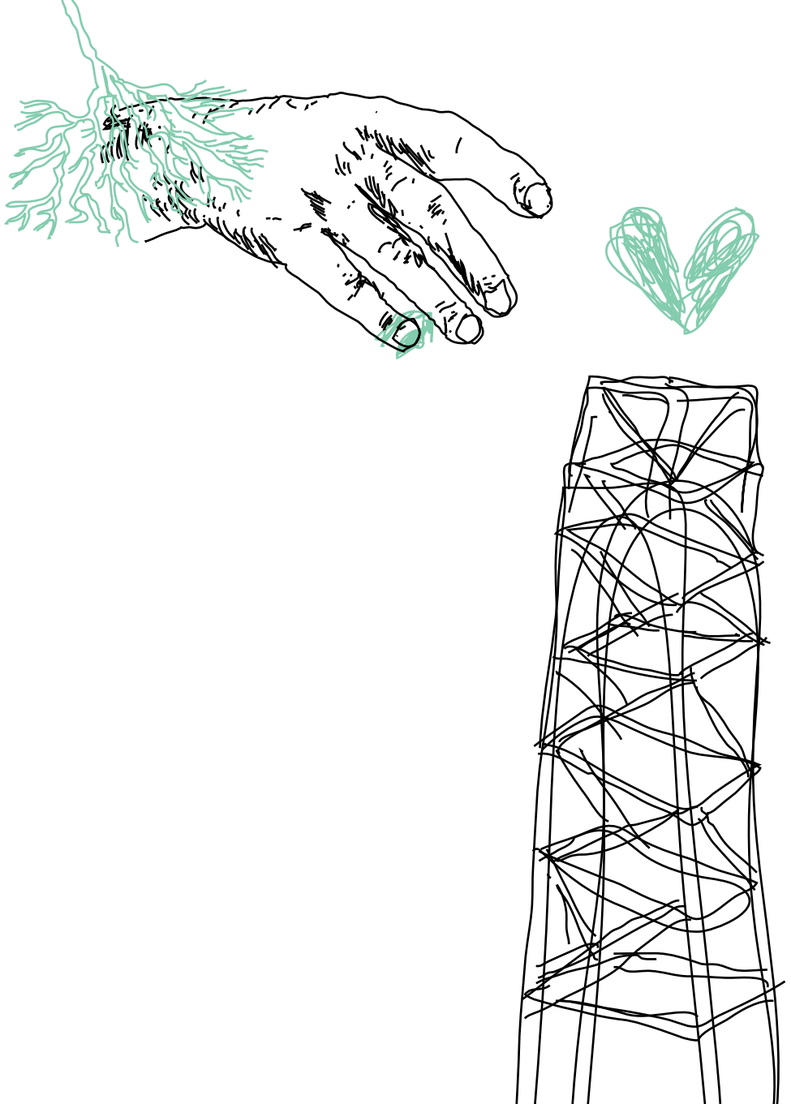


Qué voy a hacer para cantar el canto
el plumaje, la luz, el poderío
de lo que vi volando sin creerlo
o escuché sin creer haberlo oído?
Porque las garzas rojas me cruzaron:
iban volando como un rojo río
y contra el resplandor venezolano
del sol azul ardiendo en el zafiro
surgió como un eclipse la hermosura:
volaron estas aves desde el rito.
Si no viste el carmín del corocoro
volar en un enjambre suspendido
cuando corta la luz como guadaña
y todo el cielo vuela sacudido
y pasan los plumajes escarlata
y dejan un relámpago encendido,
si tú no viste el aire del Caribe
manando sangre sin que fuera herido,
no sabes la belleza de este mundo,
desconoces el mundo en que has vivido.

Y por eso es que cuento y es que canto
y por todos los hombres veo y vivo:
es mi deber contar lo que no sabes
y lo que sabes cantaré contigo:
tus ojos acompañan mis palabras
y se abren mis palabras en el trigo
y vuelan con las alas del Caribe
o se pelean con tus enemigos.
Tengo tantos deberes, compañeros,
que me voy a otro tema y me despido.

(*Canción de gesta,* 1960)





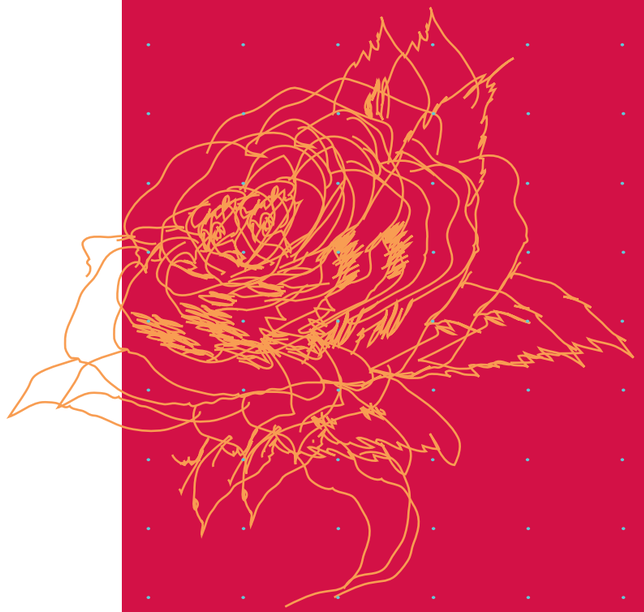
Venezuela

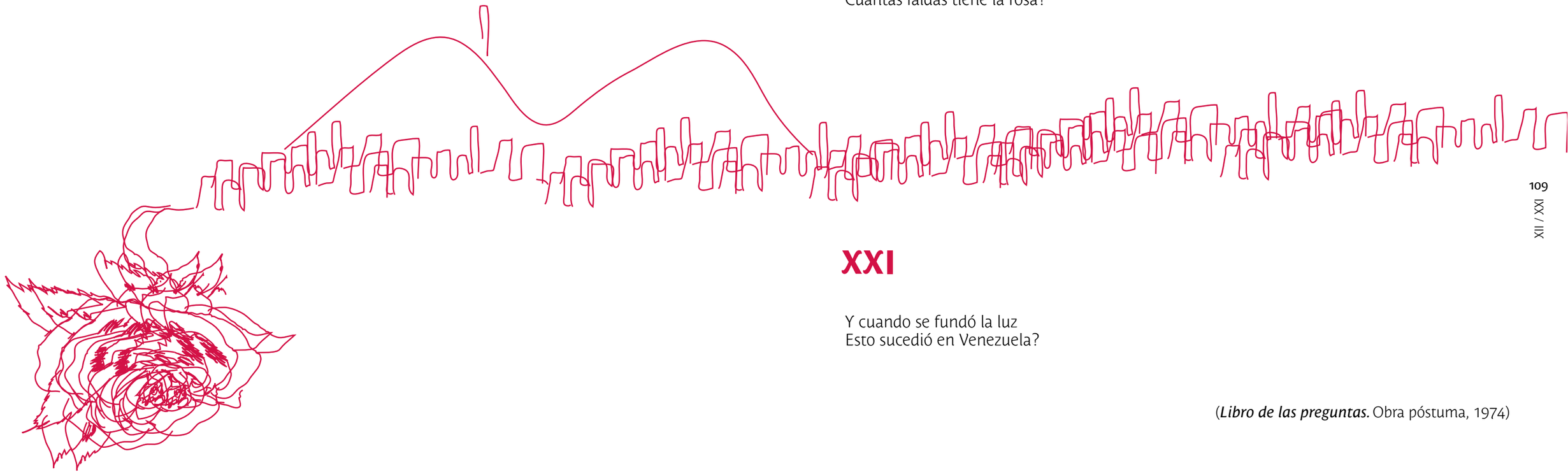
Por Caracas dura y desnuda
y sus alturas matorrales
anduve, loco de vivir,
ahíto de luz, atropellado
por la salud de Venezuela.

Enarbolada por la luz
entre los verdes masteleros
recorre la estatua yacente
una burbuja de petróleo
que concurre por las arterias
al corazón electoral.

Yo soy el bardo que cantó
la trinitaria afirmación
de sus pájaros encendidos,
porque no hay canto que no canten
los frenéticos cantarines
y no hay fulgor que no inauguren
los voladores venezuelos.

(*Fin de mundo,* 1969)





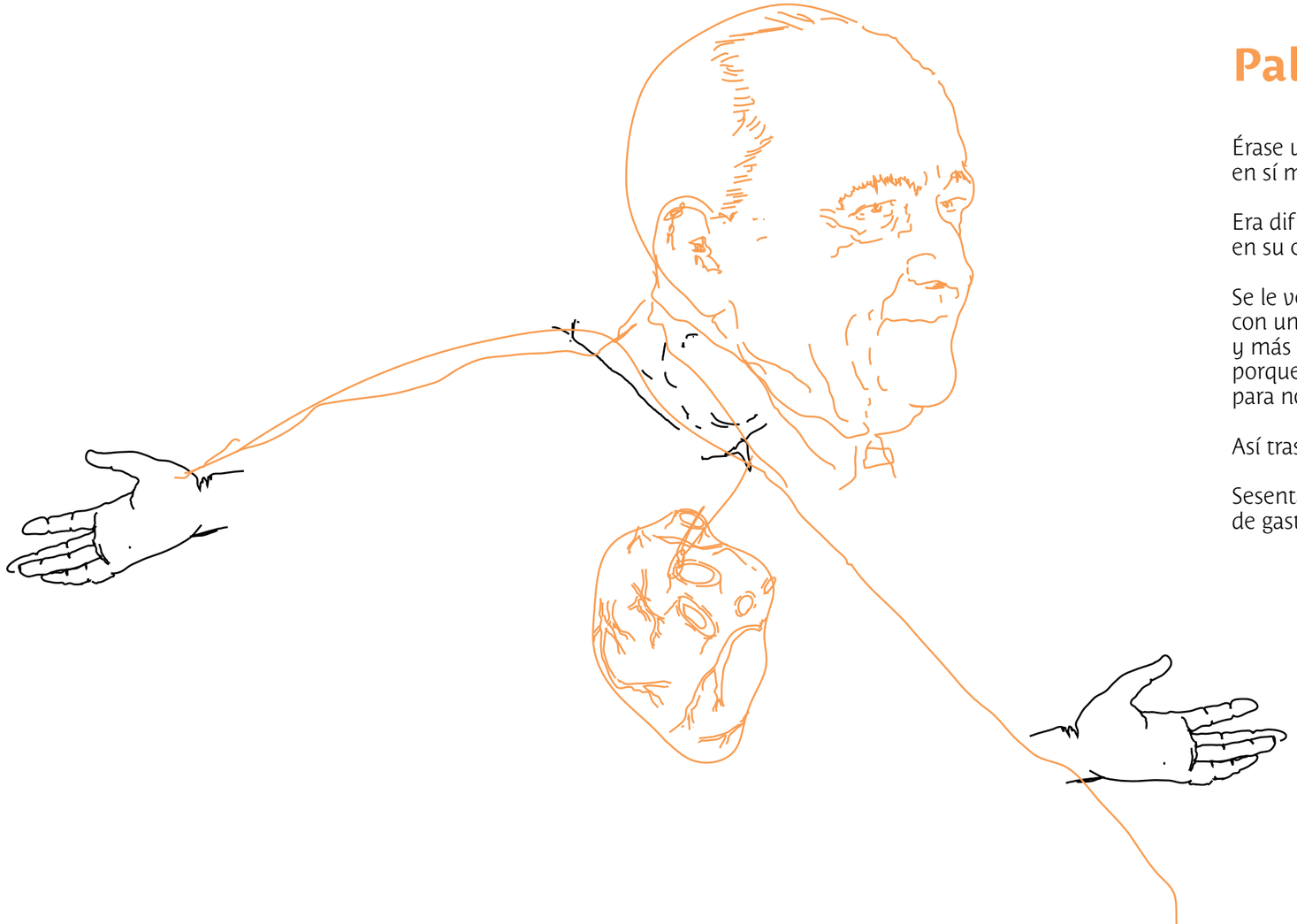
XII

Sabe la bella de Caracas
Cuántas faldas tiene la rosa?

XXI

Y cuando se fundó la luz
Esto sucedió en Venezuela?

(***Libro de las preguntas.*** Obra póstuma, 1974)



Paladino para Miguel

Érase una vez un hombre que no se encerró
en sí mismo sino que se desgranó como las uvas o el trigo.

Era difícil pasar por su lado sin leerlo:
en su conducta tenía más palabras que los libros.

Se le veía en los ojos la conciencia luminosa,
con una iluminación que sólo tienen los niños
y más de una vez cambiamos de juguetes en la calle
porque hasta su corazón lo llevaba en el bolsillo,
para no perder el tiempo si alguien lo necesitaba.

Así trasplantó la dicha entre todos sus amigos.

Sesenta años se pasó en este extraño negocio
de gastar y no gastarse, de querer y ser querido.

Cuando se lea esta prosa alguien, tal vez, creerá
que estoy haciendo el retrato de algún caballero antiguo.

Y es verdad: joven poeta, antiguo y tierno guerrero
es el que yo describí: se llama Miguel Otero.[2]

(***El fin del viaje.*** Obra póstuma, 1982)

2 Escrito para el sexagésimo aniversario de Miguel Otero Silva (26 octubre de 1968).

Para *Las Celestiales*

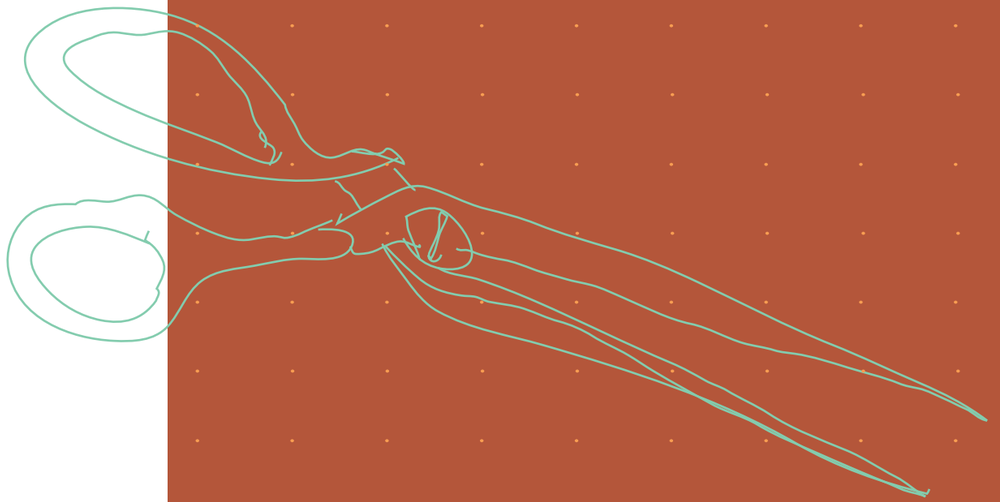
Cuando descendí al infierno
lo encontré lleno de santos,
estudiaban un cuaderno
que leían con espanto.

Le pregunté a Satanás
por qué había tanta gente
y el Diablo se sonrió:
ay, qué chileno inocente!

Estos santos que tú ves
son pecadores mortales
y aquí están porque leyeron
las famosas ***Celestiales***.

Esperamos al autor,
leyó el Diablo en su papel,
y por si no lo encontramos
quemaremos a Miguel.[3]

(***El fin del viaje.*** Obra póstuma, 1982)



3 Escrito a propósito de ***Las Celestiales***, de Miguel Otero Silva, que en un comienzo se publicaron anónimas.

El Premio Nobel

La verdad es que todo escritor de este planeta llamado Tierra quiere alcanzar alguna vez el Premio Nobel, incluso los que no lo dicen y también los que lo niegan. En América Latina, especialmente, los países tienen sus candidatos, planifican sus campañas, diseñan su estrategia. Ésta ha perdido a algunos que merecieron recibirlo. Tal es el caso de Rómulo Gallegos. Su obra es grande y decorosa. Pero Venezuela es el país del petróleo, es decir, el país de la plata, y por esa vía se propuso conseguírselo. Designó un embajador en Suecia que se fijó como suprema meta la obtención del premio para Gallegos. Prodigaba las invitaciones a comer; publicaba las obras de los académicos suecos en español, en imprentas del propio Estocolmo. Todo lo cual ha debido parecer excesivo a los susceptibles y reservados académicos. Nunca se enteró Rómulo Gallegos de que la inmoderada eficacia de un embajador venezolano fue, tal vez, la circunstancia que lo privó de recibir un título literario que tanto merecía.

(...)

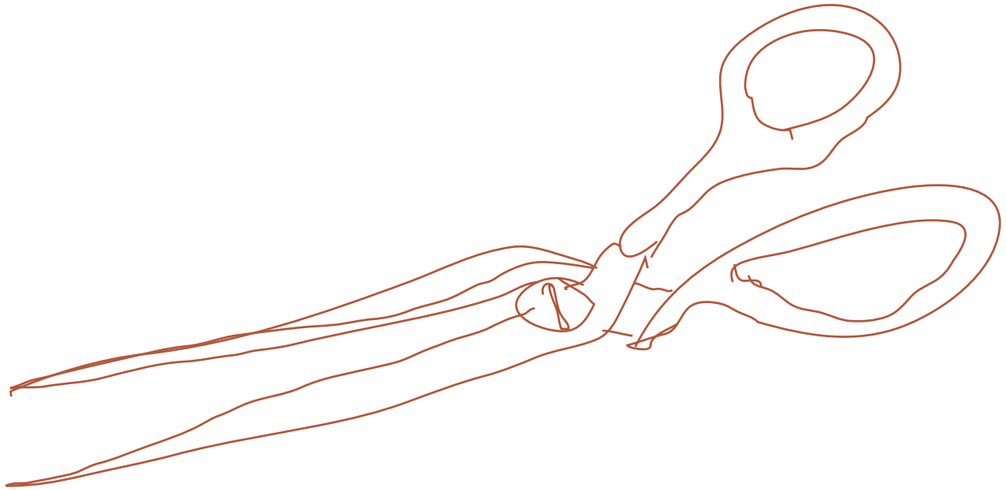
El día de la entrega del premio se inauguró con la fiesta de Santa Lucía. Me despertaron unas voces que cantaban dulcemente en los corredores del hotel. Luego las rubias doncellas escandinavas, coronadas de flores y alumbradas por velas encendidas, irrumpieron en mi habitación. Me traían el desayuno y me traían también, como regalo, un largo y hermoso cuadro que representaba el mar.

Un poco más tarde sucedió un incidente que conmovió a la policía de Estocolmo. En la oficina de recepción del hotel me entregaron una carta. Estaba firmada por el mismo anticolonialista desenfrenado de Paramaribo, Guayana Holandesa. “Acabo de llegar a Estocolmo”, decía. Había fracasado en su empeño de convocar una conferencia de prensa pero, como hombre de acción revolucionario, había tomado sus

medidas. No era posible que Pablo Neruda, el poeta de los humillados y de los oprimidos, recibiera el Premio Nobel de frac. En consecuencia, había comprado unas tijeras verdes con las cuales me cortaría públicamente "los colgajos del frac y cualquier otros colgajos". "Por eso cumplo con el deber de prevenirle. Cuando usted vea a un hombre de color que se levanta al fondo de la sala, provisto de grandes tijeras verdes, debe suponer exactamente lo que le va a pasar".

Le alargué la extraña carta al joven diplomático, representante del protocolo sueco, que me acompañaba en todos mis trajines. Le dije sonriendo que ya había recibido en París otra carta del mismo loco, y que en mi opinión no debíamos tomarlo en cuenta. El joven sueco no estuvo de acuerdo.

—En esta época de cuestionadores pueden pasar las cosas más inesperadas. Es mi deber prevenir a la policía de Estocolmo —me dijo—, y partió velozmente a cumplir lo que consideraba su deber.



Debo señalar que, entre mis acompañantes a Estocolmo, estaba el venezolano Miguel Otero Silva, gran escritor y poeta chispeante, que es para mí no solamente una gran conciencia americana, sino también un incomparable compañero. Faltaban apenas unas horas para la ceremonia. Durante el almuerzo comenté la seriedad con que los suecos habían recibido el incidente de la carta protestataria. Otero Silva, que almorzaba con nosotros, se dio una palmada en la frente y exclamó:

—Pero si esa carta la escribí yo de mi puño y letra por tomarte el pelo, Pablo. Qué haremos ahora con la policía buscando a un autor que no existe?

—Serás conducido a la cárcel. Por tu broma pesada de salvaje del mar Caribe, recibirás el castigo destinado al hombre de Paramaribo —le dije.

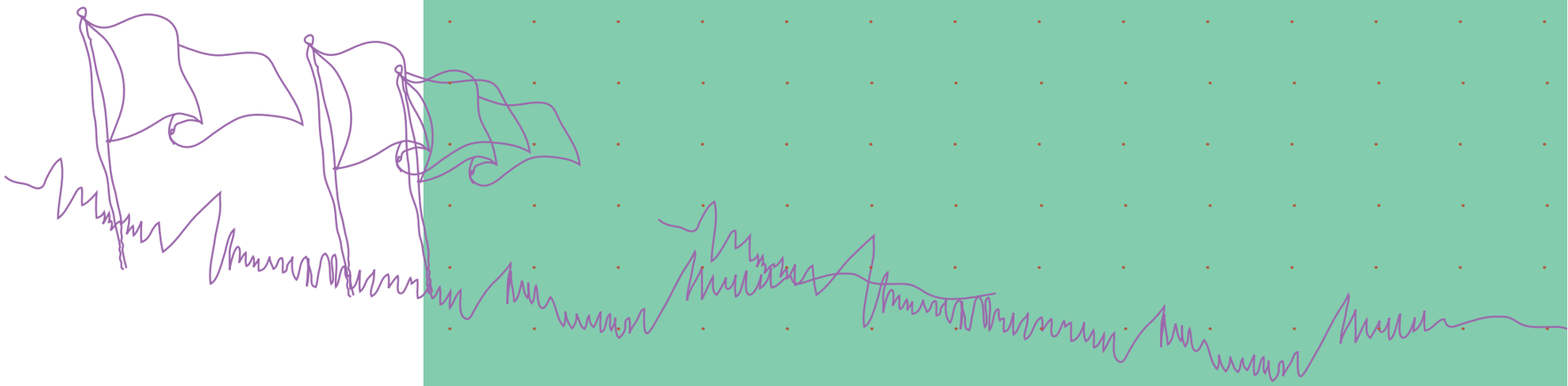
En ese instante se sentó a la mesa mi joven edecán sueco que venía de prevenir a las autoridades. Le dijimos lo que pasaba:

—Se trata de una broma de mal gusto. El autor está almorzando actualmente con nosotros.

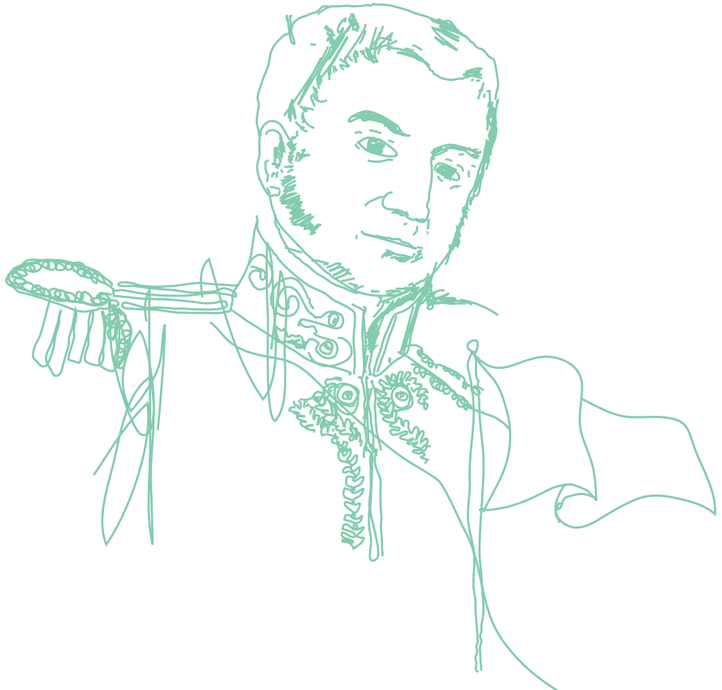
Volvió a salir presuroso. Pero ya la policía había visitado todos los hoteles de Estocolmo, buscando a un negro de Paramaribo, o de cualquier otro territorio similar.

Y mantuvieron sus precauciones. Al entrar a la ceremonia, y al salir del baile de celebración, Matilde y yo advertimos que, en vez de los acostumbrados ujieres, se precipitaban a atendernos cuatro o cinco mocetones, sólidos guardaespaldas rubios a prueba de tijeretazos.

(***Confieso que he vivido. Memorias,*** 1974. Fragmentos)



Banderas de septiembre



El mes de septiembre, en el sur del continente latinoamericano, es un mes ancho y florido. También este mes está lleno de banderas.

A comienzos del siglo pasado, en 1810 y en este mes de septiembre, despuntaron o se consolidaron las insurrecciones contra el dominio español en numerosos territorios de América del Sur.

En este mes de septiembre los americanos del sur recordamos la emancipación, celebramos los héroes, y recibimos la primavera tan dilatada que sobrepasa el estrecho de Magallanes y florece hasta en la Patagonia austral, hasta en el cabo de Hornos.

Fue muy importante para el mundo la cadena cíclica de revoluciones que brotaban desde México hasta Argentina y Chile.

Los caudillos eran disímiles. Bolívar, guerrero y cortesano, dotado de un resplandor profético; San Martín, organizador genial de un ejército que cruzó las más altas y hostiles cordilleras del planeta para dar en Chile las batallas decisivas de su liberación; José Miguel Carrera y Bernardo O'Higgins, creadores de los primeros ejércitos chilenos, así como de las primeras imprentas y de los primeros decretos contra la esclavitud, que fue abolida en Chile muchos años antes que en los Estados Unidos.

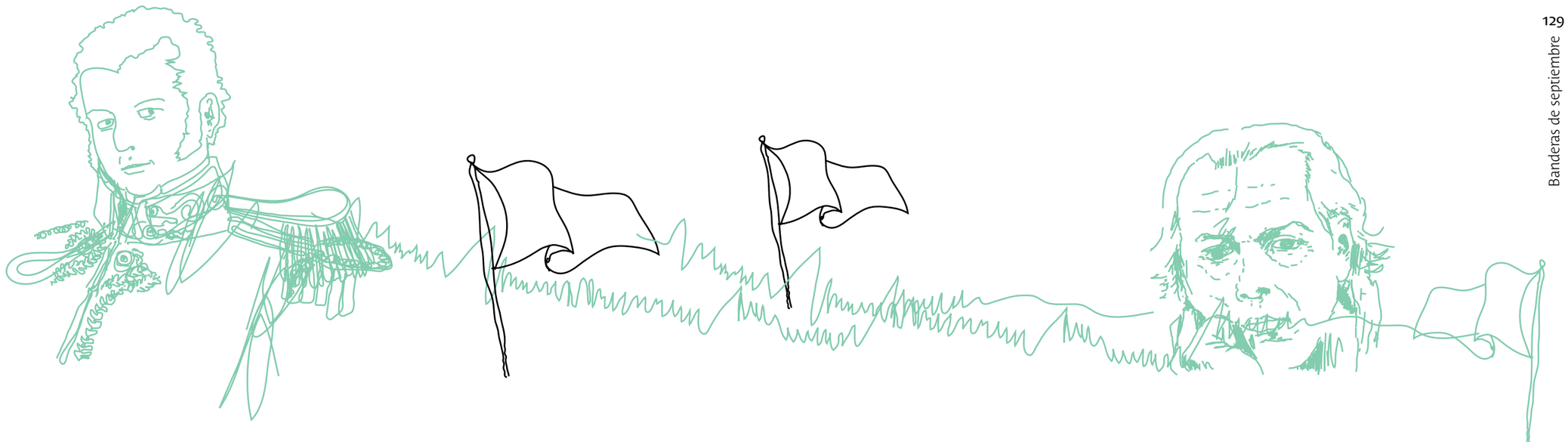
José Miguel Carrera, como Bolívar y algunos otros de los libertadores, salía de la clase aristocrática criolla. Los intereses de esta clase chocaban vivamente con los intereses españoles en América. El pueblo como organización no existía, sino en forma de una vasta masa de siervos a las órdenes del dominio español. Los hombres como Bolívar y Carrera, lectores de los enciclopedistas, estudiantes en las academias militares de España, debían atravesar los muros del aislamiento y de la ignorancia para llegar a conmover el espíritu nacional.

La vida de Carrera fue corta y fulgurante como un relámpago. ***El húsar desdichado*** titulé un antiguo libro de recuerdos que yo mismo publiqué hace algunos años. Su personalidad fascinante atrajo los

conflictos sobre su cabeza como un pararrayos atrae la chispa de las tempestades. Al final fue fusilado en Mendoza por los gobernantes de la recién declarada República Argentina. Sus desesperantes deseos de derribar el dominio español lo habían puesto a la cabeza de los indios salvajes de las pampas argentinas. Sitió a Buenos Aires y estuvo a punto de tomarla por asalto. Pero sus deseos eran libertar a Chile y en este empeño precipitó guerras y guerrillas civiles que lo condujeron al patíbulo. La revolución en aquellos años turbulentos devoró a uno de sus hijos más brillantes y valientes. La historia culpa de este hecho sangriento a O'Higgins y San Martín. Pero la historia de este mes de septiembre, mes de primavera y de banderas, cubre con sus alas la memoria de los tres protagonistas de estos combates librados en el vasto escenario de inmensas pampas y de nieves eternas.

O'Higgins, otro de los libertadores de Chile, fue un hombre modesto. Su vida habría sido oscura y tranquila si no se hubiera encontrado en Londres, cuando no tenía sino diecisiete años de edad, con un viejo revolucionario que recorría todas las cortes de Europa buscando ayuda a la causa de la emancipación americana. Se llamaba don Francisco de Miranda, y entre otros amigos contó con el poderoso afecto de la emperatriz Catalina de Rusia. Con pasaporte ruso llegó a París y entraba y salía por las cancillerías de Europa.

Es una historia romántica, con tal aire de "época" que parece una ópera. O'Higgins era hijo natural de un virrey español, soldado de fortuna, de ascendencia irlandesa, que fue gobernador de Chile. Miranda se las arregló para averiguar el origen de O'Higgins, cuando comprendió la utilidad que aquel joven podía tener en la insurrección de las colonias americanas de España. Está narrado el momento mismo en que reveló al joven O'Higgins el secreto de su origen y lo impulsó a la acción insurgente. Cayó de rodillas el joven revolucionario y, abrazando a Miranda entre sollozos, se comprometió a partir de inmediato a su patria, Chile, y encabezar aquí la insurgencia en contra del poder español. O'Higgins fue el que alcanzó las victorias finales en contra del sistema colonial y se le juzga como el fundador de nuestra república.



Miranda, prisionero de los españoles, murió en el temible presidio de La Carraca, en Cádiz. El cuerpo de este general de la Revolución francesa y profesor de revolucionarios, fue envuelto en un saco y tirado al mar desde lo alto del presidio.

San Martín, desterrado por sus compatriotas, murió en Boulogne, Francia, anciano y solitario.

O'Higgins, libertador de Chile, murió en el Perú, lejos de todo lo que amaba, proscrito por la clase latifundista criolla, que se apoderó prontamente de la revolución.

Hace poco, al pasar por Lima, encontré en el Museo Histórico del Perú algunos cuadros pintados por el general O'Higgins en sus últimos años. Todos esos cuadros tienen a Chile por tema. Pintaba la primavera de Chile, las hojas y las flores del mes de septiembre.

En este mes de septiembre me he puesto a recordar los nombres, los hechos, los amores y los dolores de aquella época de insurrecciones. Un siglo más tarde los pueblos se agitan de nuevo, y una corriente tumultuosa de viento y de furia mueve las banderas. Todo ha cambiado desde aquellos años lejanos, pero la historia continúa su camino y una nueva primavera puebla los interminables espacios de nuestra América.

(*Confieso que he vivido. Memorias,* 1974. Fragmento)

Fidel Castro

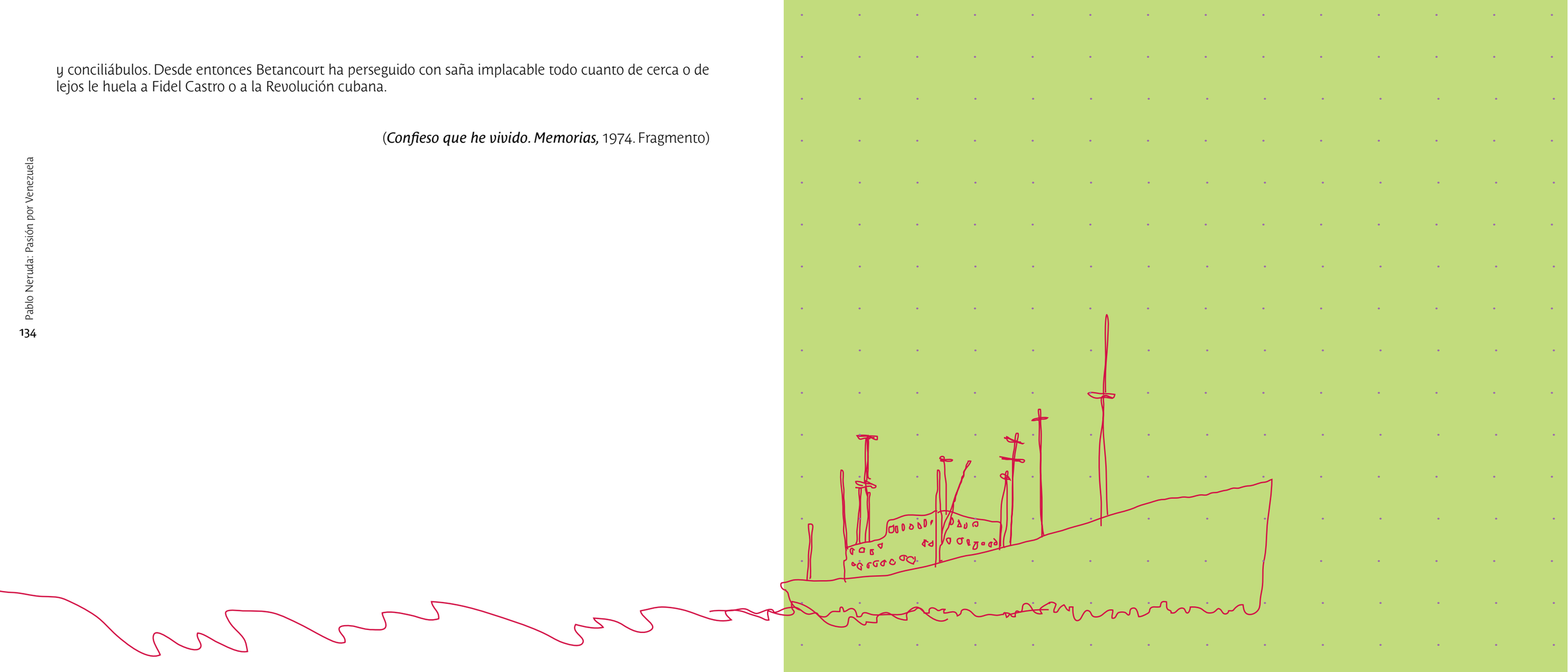
Dos semanas después de su victoriosa entrada en La Habana, llegó Fidel Castro a Caracas por una corta visita. Venía a agradecer públicamente al gobierno y al pueblo venezolanos la ayuda que le habían prestado. Esta ayuda había consistido en armas para sus tropas, y no fue naturalmente Betancourt (recién elegido presidente) quien las proporcionó, sino su antecesor el almirante Wolfgang Larrazábal. Había sido Larrazábal amigo de las izquierdas venezolanas, incluyendo a los comunistas, y accedió al acto de solidaridad con Cuba que éstos le solicitaron.

He visto pocas acogidas políticas más fervorosas que la que le dieron los venezolanos al joven vencedor de la Revolución cubana. Fidel habló cuatro horas seguidas en la gran plaza de El Silencio, corazón de Caracas. Yo era una de las doscientas mil personas que escucharon de pie y sin chistar aquel largo discurso. Para mí, como para muchos otros, los discursos de Fidel han sido una revelación. Oyéndolo hablar ante aquella multitud, comprendí que una época nueva había comenzado para América Latina. Me gustó la novedad de su lenguaje. Los mejores dirigentes obreros y políticos suelen machacar fórmulas cuyo contenido puede ser válido, pero son palabras gastadas y debilitadas en la repetición. Fidel no se daba por enterado de tales fórmulas. Su lenguaje era natural y didáctico. Parecía que él mismo iba aprendiendo mientras hablaba y enseñaba.

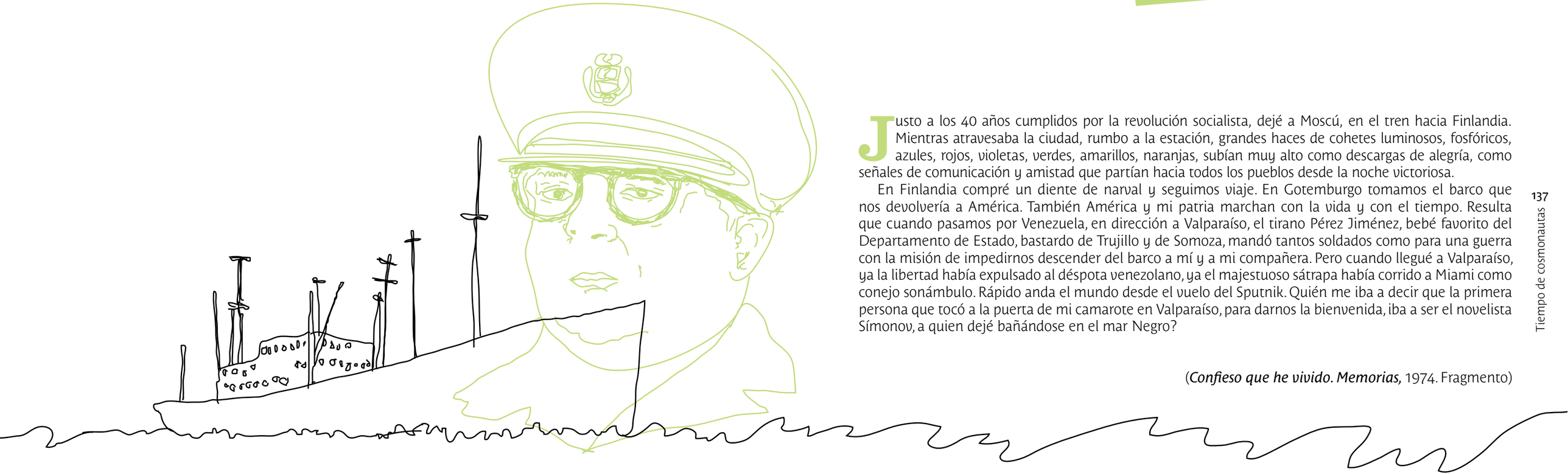
El presidente Betancourt no estaba presente. Le asustaba la idea de enfrentarse a la ciudad de Caracas, donde nunca fue popular. Cada vez que Fidel Castro lo nombró en su discurso se escucharon de inmediato silbidos y abucheos que las manos de Fidel trataban de silenciar. Yo creo que aquel día se selló una enemistad definitiva entre Betancourt y el revolucionario cubano. Fidel no era marxista ni comunista en ese tiempo; sus mismas palabras distaban mucho de esa posición política. Mi idea personal es que aquel discurso, la personalidad fogosa y brillante de Fidel, el entusiasmo multitudinario que despertaba, la pasión con que el pueblo de Caracas lo oía, entristecieron a Betancourt, político de viejo estilo, de retórica, comités

y conciliábulos. Desde entonces Betancourt ha perseguido con saña implacable todo cuanto de cerca o de lejos le huela a Fidel Castro o a la Revolución cubana.

(*Confieso que he vivido. Memorias,* 1974. Fragmento)



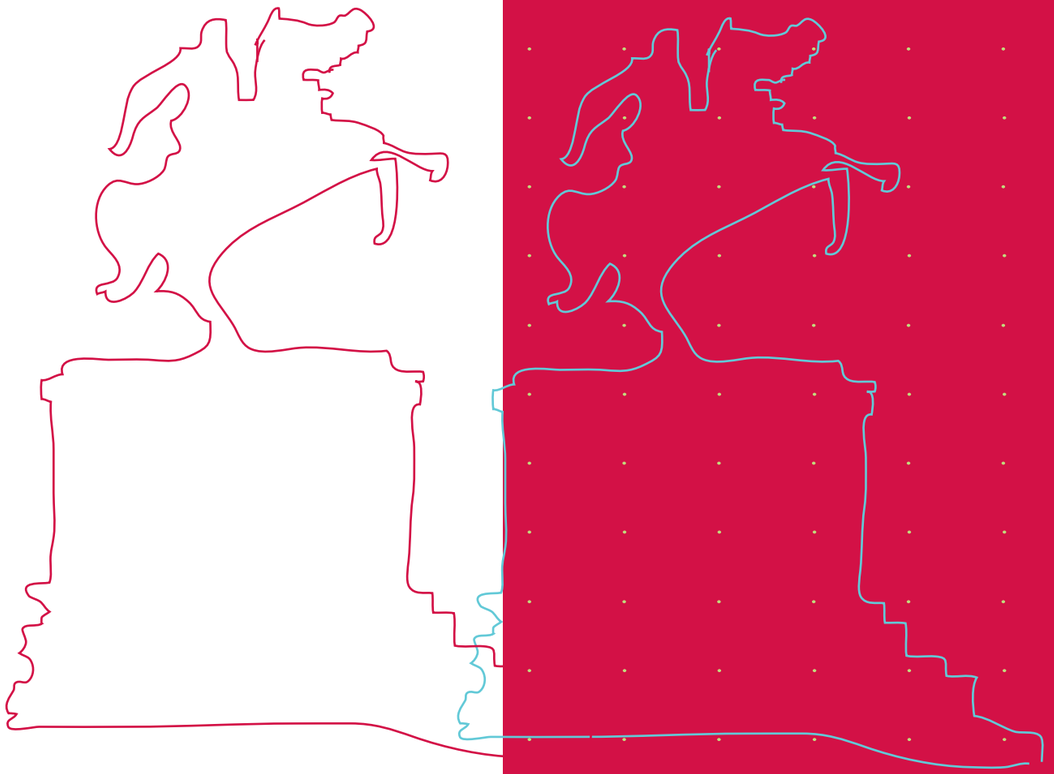
Tiempo de cosmonautas

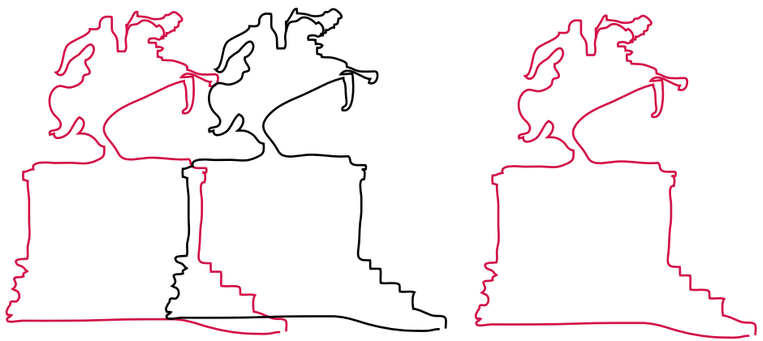


Justo a los 40 años cumplidos por la revolución socialista, dejé a Moscú, en el tren hacia Finlandia. Mientras atravesaba la ciudad, rumbo a la estación, grandes haces de cohetes luminosos, fosfóricos, azules, rojos, violetas, verdes, amarillos, naranjas, subían muy alto como descargas de alegría, como señales de comunicación y amistad que partían hacia todos los pueblos desde la noche victoriosa.

En Finlandia compré un diente de narval y seguimos viaje. En Gotemburgo tomamos el barco que nos devolvería a América. También América y mi patria marchan con la vida y con el tiempo. Resulta que cuando pasamos por Venezuela, en dirección a Valparaíso, el tirano Pérez Jiménez, bebé favorito del Departamento de Estado, bastardo de Trujillo y de Somoza, mandó tantos soldados como para una guerra con la misión de impedirnos descender del barco a mí y a mi compañera. Pero cuando llegué a Valparaíso, ya la libertad había expulsado al déspota venezolano, ya el majestuoso sátrapa había corrido a Miami como conejo sonámbulo. Rápido anda el mundo desde el vuelo del Sputnik. Quién me iba a decir que la primera persona que tocó a la puerta de mi camarote en Valparaíso, para darnos la bienvenida, iba a ser el novelista Símonov, a quien dejé bañándose en el mar Negro?

(*Confieso que he vivido. Memorias,* 1974. Fragmento)





Huésped de Caracas

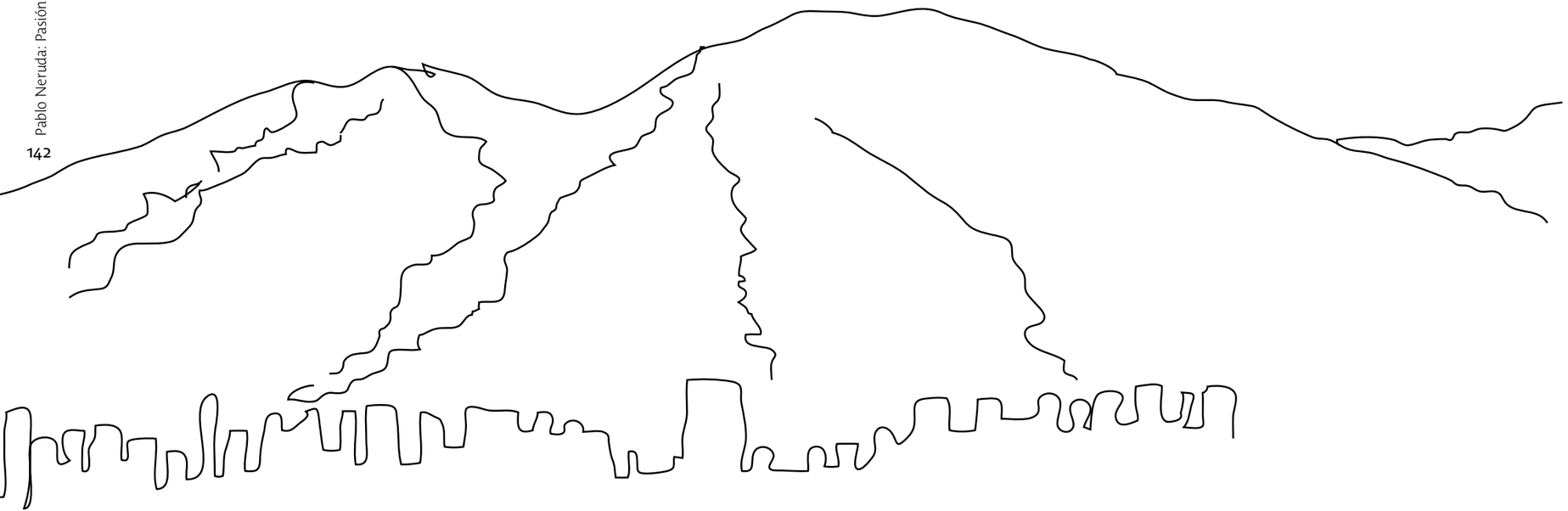
Nunca pensé que un honor tan grande fuera a recaer sobre mi poesía, sobre la acción errante de mis cantos. Celebro recibir tal distinción cuando se otorgan los altos premios de la cultura venezolana. Este honor se hace más alto con las palabras del clarísimo poeta Juan Liscano. No voy a protestar ante su fraternal ditirambo. Lo guardaré para examinarme en ese espejo y continuar siendo fiel a la dignidad de la poesía y a las inseparables luchas del pueblo.

Esta mañana bajé del monte Ávila. Allá arriba tiene Caracas su corona verde, sus esmeraldas mojadas, pero la ciudad se había escapado. Su lugar había sido ocupado por una conjuración de harina, de vapor, de pañuelos celestes, y había que buscar a la ciudad perdida, entrar en ella desde el cielo y encontrarla al fin en la niebla amarrada a sus cordilleras, erecta, intrincada, tentacular y sonora, como colmena desbordante erigida por la voluntad del hombre. Los fundadores escogieron con ojo de águila este valle arrugado para establecer en él la primavera de Caracas. Y luego, el tiempo hizo por igual la belleza de casas enrejadas que protegen el silencio, y edificios de pura geometría y luz, en donde se instala el porvenir. Como americano esencial, saludo en primer lugar a la ciudad deslumbrante, por igual a sus cerros populares, a sus callejas coloreadas como banderas, a sus avenidas abiertas a todos los caminos del mundo. Pero saludo también a su historia, sin olvidar que de esta ciudad matriz salió como un ramo torrencial de aguas heroicas el río de la independencia americana.

Salud, ciudad de linajes tan duros que hasta ahora sobreviven, de herencias tan poderosas que aún siguen germinando, ciudad de liberaciones y de la inteligencia, ciudad de Bolívar y de Bello, ciudad de martirios y nacimientos, ciudad que el 23 de enero recién desgranado en el trigo del tiempo diste un resplandor de aurora para el Caribe y para toda nuestra América amada y dolorosa!

Pero toda esta belleza y la historia misma, el laurel y los archivos, las ventanas y los niños, los edificios azules, la sonrisa color cereza de la bella ciudad, todo esto puede desaparecer. Un puñado de esencia

infernal, de energía desencadenada puede hacer cenizas y terminar con las construcciones y las vidas, un solo puñado de átomos puede terminar con Caracas y con Buenos Aires, con Lima y con Santiago, con la poderosa Nueva York y la plateada Leningrado.



Al bajar de las cumbres y contemplar la palpitante belleza de la ciudad que ahora me confiere el honor de ser su amigo, pensé en la destrucción que nos amenaza. Que amenaza a todo lo creado por el hombre y persigue con estigma maldito a sus descendientes; por eso pensé que así como los cabildos americanos fueron la cuna de nuestra libertad, pueden en el presente o en el futuro elevar la advertencia contra la muerte nuclear, y proteger así, no sólo nuestra ciudad, sino todas las ciudades, no sólo nuestra vida, sino la existencia del hombre sobre la Tierra.

Una vez más agradezco la fraternidad con que me recibe el Consejo Municipal de la ciudad de Caracas. Gracias, porque así me siento autorizado para continuar mi camino defendiendo el amor, la claridad, la justicia, la alegría y la paz, es decir, la poesía.[4]

(*Para nacer he nacido,* 1978*)*

4 Discurso dicho en el Concejo Municipal de Caracas, el 4 de febrero de 1959.

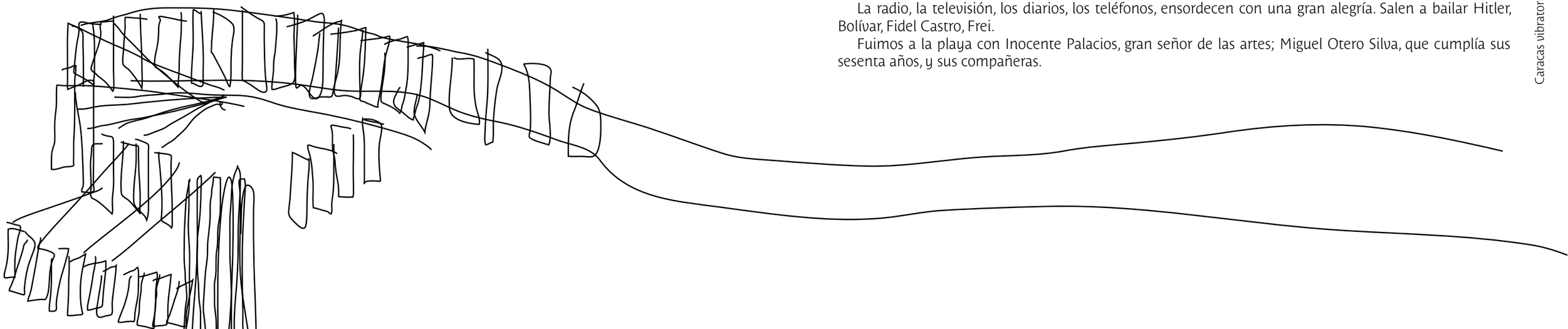
Caracas vibratoria

Venezuela toma con amor furioso sus actos electorales. Tantos eclipses tuvieron éstos en su atormentada historia, que ahora brillan con papel, bengalas, aviones, amén de ruidos infernales.

Caracas se ha convertido en feria multicolor. Cuelgan millones de tiras y retratos, de volantes verdes o blancos o celestes o rojos. Vote por el Ancla o por la Llave o por el Caballo. Vote por el Amarillo, vote Verde, vote Blanco. Vote por Burelli, por Prieto, por Caldera, por Gonzalo. Y por Arturo, por Gustavo, por Wolfgang, por Miguel Otero.

La radio, la televisión, los diarios, los teléfonos, ensordecen con una gran alegría. Salen a bailar Hitler, Bolívar, Fidel Castro, Frei.

Fuimos a la playa con Inocente Palacios, gran señor de las artes; Miguel Otero Silva, que cumplía sus sesenta años, y sus compañeras.



Matilde entró a las pequeñas olas tibias con los venezolanos. Yo me quedé escribiendo en la bellísima casa de madera bruñida. Cuando volvió le pregunté:

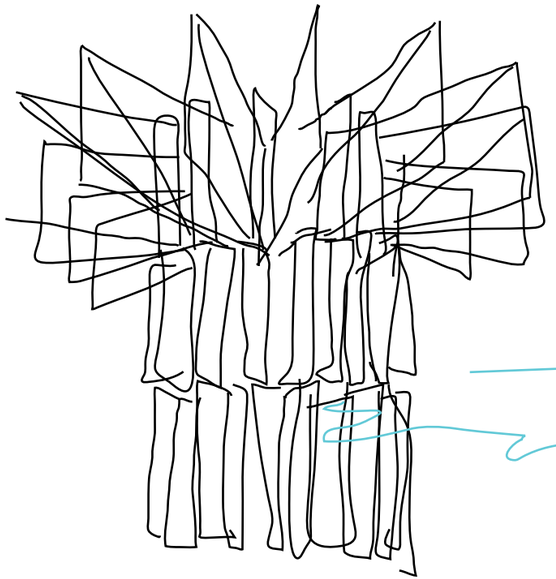
—Qué tal? Nadaron?

—Yo nadé —me contestó—, pero ellos se dedicaron a hablar de política entre ola y ola.

La cita de la noche venezolana con el pintor Alejandro Otero produjo un milagro encendido, difícilmente descriptible.

Colosales estructuras, escaleras del cielo, torres centelleantes, esferas estrelladas, pueblan un punto de Caracas comunicándonos un estremecimiento diferente, una sacudida planetaria.

Lo fenomenal es que el pintor de pureza geométrica, el vencedor de una línea que pareció perderse en la obscuridad individual, haya renacido en este arte público, de fascinación totalitaria. Los inmensos objetos, parecidos a proyectiles espaciales, nos deslumbran de inmediato.



La ***Torre vibrante***, con más de veinte metros de altura, nos transmite el movimiento y la luz como si tuviera una circulación misteriosa. Millones de luciérnagas, abejas de plata trabajando en la colmena vertical. La ***Novia del viento*** oscila en una rotación de pureza astronómica, sumándose al distante ritmo, a la respiración de la noche. El ***Rotor*** o la ***Integral,*** de vidas propias, oscilaciones y resplandor diferentes, reverberan y se mueven en forma perezosa, como objetos cósmicos, cuidadosamente estructurados, caídos en el corazón de Caracas.

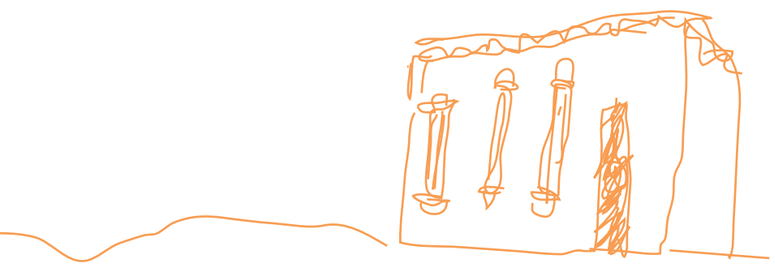
Todas las revelaciones del arte óptico y cinético, arte que de alguna manera se desprende de la luz venezolana, me han dado siempre el regocijo de un gran juego puro, de una limpieza esencial. El placer deriva de una sorpresa preclara, sin posible mixtificación. Tales artes de la claridad no necesitan teoría: son la respuesta de la verdad en el término del laberinto.

Pero hay que entender que si las resplandecientes obras de Le Parc o Soto, por la gravitación del dinero, corren a esconderse en las colecciones o en los museos, tal arrinconamiento debe sobrepasarse. Resulta intolerable la obscuridad para objetos tan activos, para una conciencia tan luminosa.

Y ésta es la gran aventura: la inauguración espacial de Alejandro Otero.

Veo en Brasilia, en Filadelfia, en el Santiago de Chile y de Cuba, en la Plaza Roja de Moscú, en los parques de Francia, frente al desfile de la multitud, estas estalactitas construidas con pasión, determinando la fe en el destino del hombre a través de la alegría creadora.

(Para nacer he nacido, 1978*)*



Miguel Otero Silva y sus novelas

Pasé por Ortiz en un día abrasador. El sol venezolano pegaba duro sobre la tierra. Junto a la iglesia en ruinas, habían amarrado con un alambre grueso la vieja campana, que tantas veces escucharon los muertos y los vivos, cuyas vidas y muertes nos relata Miguel Otero Silva. No sé por qué figuraba aún en el mapa aquella aldea, aquellas casas muertas. Un gran silencio y el duro sol era todo lo que existía. Y la vieja campana colgada del sol y del silencio.

Nunca pasé por ***Oficina Nº 1***, pero estoy seguro de que la vida endiablada, el constante movimiento, las fuerzas que crean y las que destruyen, la sociedad humana que por primera vez se reconoce y lucha, todo esto seguirá vivo, como en el libro. Porque este libro contiene, en su desolación y en su vitalidad, la realidad caótica del continente latinoamericano. Y, naturalmente, es una fotografía desgarradora y poética del esqueleto y del alma de Venezuela.

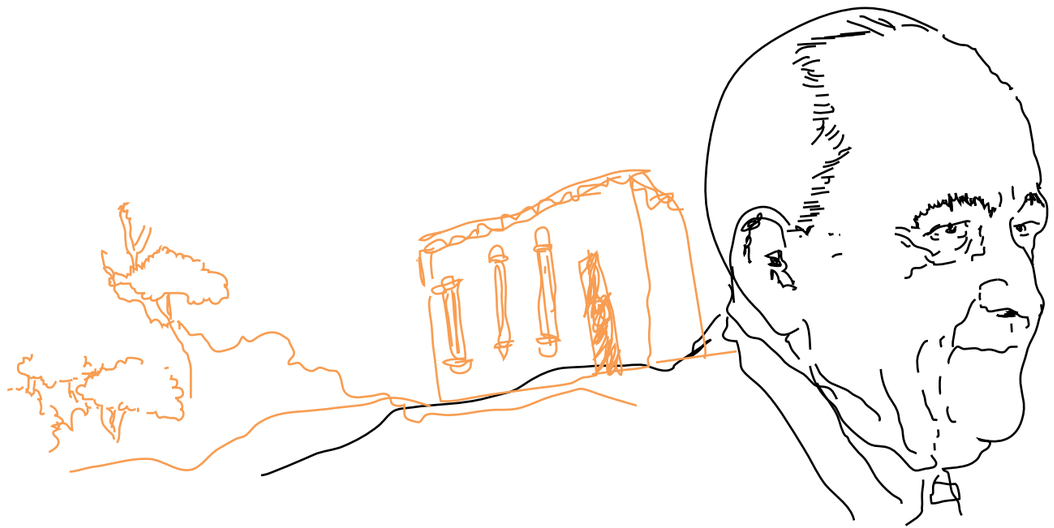
El autor pertenece a una joven generación de venezolanos que, desde que nacieron, aprendieron a vivir intranquilos. Una gran sombra tiránica, una paulatina y violenta hegemonía del terror bajó de las grandes montañas venezolanas y cubrió hasta los últimos rincones; familias enteras eran arrastradas a la cárcel. Los campos y las aldeas eran diezmados por la malaria y la miseria. En Ortiz, entre las casas muertas de aquel poblado que agonizaba, se ven llegar cadenas de presos políticos que atraviesan el silencio hacia otra dirección misteriosa, que era también la dirección de la muerte.

Lo que no dice Miguel Otero Silva es que él pasó por esas calles y atravesó aquel silencio maligno con cadenas en los tobillos hacia las prisiones de Gómez. Entonces tenía el autor 15 o 16 años.

Lo que no dice el autor es que él, ya mayor de edad, emprendedor y apasionado, vivió muchas ***Oficinas Nº 1***, muchos pueblos que surgieron del petróleo, muchos brotes y crecimientos de nuestra asombrosa vida de continente que continúa naciendo. Poeta popular, corazón generoso, integral patriota venezolano,

no hay riña de gallos ni sindicato que no hayan visto su figura, no hay tabladillo popular que no lo haya sostenido bailando, mejor que nadie, el joropo, no hay renovación de su país ni sueño de liberación de su patria que no haya incubado, crecido, en Otero Silva.

Para nosotros los americanos del Extremo Sur de América quieta y fría, sólo sacudida por las conmociones telúricas, Venezuela fue una piedra misteriosa, piedra que pesaba sobre el corazón de todos los americanos. Después de aquel tirano que con cuarenta años de reino se fue tranquilamente a la tumba, dejando aún las cárceles llenas, pasaron cosas inesperadas. Un noble poeta, Andrés Eloy Blanco, un tanto ebrio con el desacostumbrado aire de la libertad, propuso recolectar los grillos y las cadenas que formaban la única ley del Tirano de los Andes. En efecto, reunieron aquellos hierros que juntos hacían una montaña, y entre discursos líricos, los tiraron al mar.



Aquellos jóvenes desconocedores de la historia, cuando quisieron ahogar en el olvido las toneladas del suplicio, creyeron que enterraban los dolores de Venezuela. Pero no ha sido así.

Con el petróleo y los establecimientos norteamericanos, no sólo surgió la vida tumultuosa descrita en este libro, sino una nueva casta de gobernantes: los betancures. Éstos aplicaron para su país los decretos de las compañías del petróleo, se hicieron instrumento de la codicia extranjera. Amenazaron, atropellaron y dispararon sobre las masas que reclamaban nuevos derechos. Y cuando la estrella de Cuba brilló como ninguna en el cielo atormentado del Caribe, los betancures se aliaron con los intereses del petróleo para bloquear y traicionar a la limpia revolución de la isla hermana.

Se ve que, en vez de arrojar al mar los grilletes, debieron haberlos conservado como montaña de los recuerdos, como monumento siempre presente.

El autor de este libro es, más que nada, un verdadero y esencial poeta. Sus versos han recorrido la extensión del idioma español y los oí recitar, no sólo en los ateneos y en las academias, sino en las grandes reuniones obreras, en jornadas de lucha, en días de alegría o en tardes de tinieblas. Su transparente poesía le da un dominio que abarca todo el reino de los seres humanos: nombra y describe las extrañas flores y plantas del territorio venezolano con la misma claridad con que define los actos y las inclinaciones de la gente sencilla y escondida que nos va descubriendo.

Estas regiones y estos seres están divididos implacablemente entre la agonía y la salud, entre el pasado y la esperanza, entre el daño y la verdad.

Parecería esquemático, parecería sólo trazo de luz y sombra, pero esta división existe. Esta cicatriz marca cruelmente el rostro deslumbrante y doloroso de la república venezolana. Y en este libro está revelado el origen de estos males, con ternura, a veces, y con realidad despiadada, en otras ocasiones.

Miguel Otero Silva nos sumerge en su mundo, mostrándonos la cara o cruz de la tierra dramática.

ENVÍO. Acostumbrado a una vida de compañeros y a la profunda milicia de la amistad, echo de menos, de pronto, a los ausentes. No en su conjunto, no en lo que ocupan del espacio. No, sino un rasgo, algo que quedó persistiendo en el aire, en el vacío de la ausencia.

De Miguel Otero Silva echo a veces de menos y, violentamente, su risa. Las dos mejores risas de América son las del poeta andaluz Rafael Alberti, gracioso desterrado, y la de Miguel. Rafael va incubando la risa, va suscitándola hasta que, irresistible, le sacude todo el cuerpo, comprendiendo lo que antes fue su rizada cabellera. Miguel, por el contrario, ríe de una sola vez, con una carcajada interjectiva que, subiendo muy alto, no pierde su ancho y ronco tono. Es una risa que va de cerro en cerro en las alturas de su Venezuela natal, y de calle en calle cuando juntos recorremos el extenso mundo. Es una risa que proclama para los transeúntes el derecho a la gracia, a la libertad de la alegría, aún en las circunstancias más entrecruzadas.

Sobre este libro tan serio, tan bello y tan revelador, veo levantarse la risa de Miguel Otero Silva, como si de sus páginas alzara el vuelo un ave libre y alta. [5]

(*Para nacer he nacido,* 1978)

5 Prólogo para la edición checa de las novelas ***Casas muertas*** y ***Oficina Nº 1*** de Miguel Otero Silva (1963).

OBRAS DE PABLO NERUDA

1923: *Crepusculario* (poemas).
1924: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* (poemas).
1926: *Tentativa del hombre infinito* (poemas).
El habitante y su esperanza (relato poemático).
Anillos. Prosa de Pablo Neruda y Tomás Lago (poemas en prosa).
1933: *El hondero entusiasta* (poemas).
Residencia en la Tierra I (1925-1931) (poemas).
1935: *Residencia en la Tierra II (1925-1935)* (poemas).
1937: *España en el corazón* (poemas).
1947: *Tercera residencia* (poemas).
1950: *Canto general* (poemas).
1952: *Los versos del capitán* (poemas).
1954: *Las uvas y el viento* (poemas).
Odas elementales (poemas).
1955: *Viajes* (conferencias).
1956: *Nuevas odas elementales* (poemas).
1957: *Tercer libro de las odas* (poemas).
1958: *Estravagario* (poemas).
1959: *Navegaciones y regresos* (poemas).
1960: *Cien sonetos de amor* (poemas)
Canción de gesta (poemas).
1961: *Las piedras de Chile* (poemas).
Cantos ceremoniales (poemas).
1962: *Plenos poderes* (poemas).
1964: *Memorial de Isla Negra* (poemas autobiográficos).
1966: *Arte de pájaros* (poemas).
La casa en la arena (textos en prosa y dos poemas).
1967: *Fulgor y muerte de Joaquín Murieta* (teatro cantata trágica o poema dramático).
1968: *Las manos del día* (poemas).
Comiendo en Hungría [en colaboración con Miguel Ángel Asturias] (poemas y prosa).
1969: *Aún* (poemas).
Fin del mundo (poemas).

1970: *Maremoto* (poemas).
La espada encendida (poemas).
Las piedras del cielo (poemas).
1972: *Geografía infructuosa* (poemas).
1973: *Incitación al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena* (poemas).

Libros póstumos:

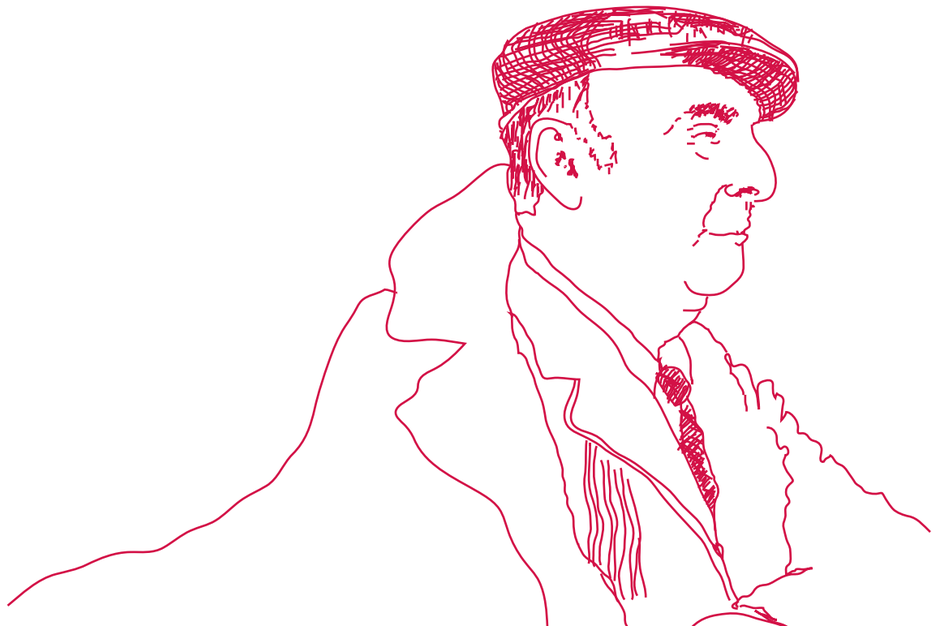
1974: *Jardín de invierno* (poemas).
2000 (poemas).
El corazón amarillo (poemas).
Libro de las preguntas (poemas).
La rosa separada (poemas).
Elegía (poemas).
El mar y las campanas (poemas).
Defectos escogidos (poemas).
Confieso que he vivido. Memorias (relato autobiográfico).

Recopilaciones póstumas:

1975: *Cartas de amor de Pablo Neruda* (recopilación de Sergio Fernández Larraín).
1977: *Para nacer he nacido* (poemas en prosa, artículos, discursos, homenajes y otros textos en prosa, ordenados por Matilde Neruda y Miguel Otero Silva).
1978: *Cartas a Laura* [a Laura Reyes Candia, su hermana]. (Compilación y notas de Hugo Montes).
1980: *El río invisible. Poesía y prosa de juventud* (recopilación de Matilde Neruda).
Pablo Neruda-Héctor Eandi. Correspondencia durante Residencia en la Tierra (recopilación de Margarita Aguirre).
1982: *El fin del viaje* (poemas dispersos).
1997: *Cuadernos de Temuco (1919-1920)* (poemas manuscritos en cuadernos escolares guardados por su hermana Laura Reyes).
Y*o acuso. Discursos parlamentarios (1945-1948)* (recopilación de Leonidas Aguirre Silva y Pablo Neruda).

2000: *Prólogos*. Compilación de Juan Camilo Lorca.

LA VIDA DEL POETA (cronología)



1904. (12 de julio). Nace Neftalí Ricardo Reyes Basoalto en Parral, un pequeño pueblo del sur de Chile, hijo de Rosa Basoalto, una humilde mujer campesina, que muere a los dos meses del parto, y de José del Carmen Reyes, obrero ferroviario.

1906. El padre se traslada a Temuco, ciudad a 330 km al sur de Parral, donde contrae matrimonio con Trinidad Candia Marverde, maestra de escuela que se convirtió en su "mamadre" (el poeta se negó a llamarla madrastra), quien lo crió como a un verdadero hijo.

1910. Ingresa al Liceo de Hombres de Temuco, donde se gradúa de bachiller en 1920. Allí conoce a Gabriela Mistral, directora del liceo, quien lo inicia en las lecturas literarias y, además, conoce y valora los poemas del taciturno estudiante.

1917-1919. Publica sus primeros artículos y poemas en diarios y revistas del sur.

1920. Adopta el seudónimo de Pablo Neruda.

1921. Viaja a Santiago y se inscribe en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile para la carrera de profesor de francés. Obtiene el primer premio en un concurso de poesía de la Federación de Estudiantes de Chile. Comienza a publicar en la revista ***Claridad,*** revista de la FECH, artículos que denotan su preocupación social, y participa, hasta 1927 —año en que se va al exterior— en la agitación y las movilizaciones políticas de la época, que vincularon al movimiento estudiantil con las primeras luchas organizadas de la clase obrera chilena.

1923. Aparece ***Crepusculario***, su primer libro de poemas.

1924. Publica ***Veinte poemas de amor y una canción desesperada***.

1926. Salen las ediciones originales de ***Tentativa del hombre infinito*** y ***Anillos,*** poemas en prosa en colaboración con Tomás Lago, y de ***El habitante y su esperanza,*** el único libro narrativo de Neruda (de tono poemático).

1927-1932. Ejerce como cónsul ad honórem de Chile en ciudades del Lejano Oriente: Rangún, Colombo, Batavia, Singapur. Contrae matrimonio con María Antonieta Agenaar, javanesa descendiente de holandeses, de quien se separa en 1936. Durante este período escribió los poemas más atormentados de toda su obra, recogidos después en ***Residencia en la Tierra.***

1932. Regresa a Chile, luego de una larga temporada por mar y pública una segunda edición de ***Veinte poemas de amor y una canción desesperada.***

1933. Cónsul en Buenos Aires, donde conoce a García Lorca. Publica ***El hondero entusiasta*** y ***Residencia en la Tierra (1925-1931)***.

1934 -1935. Cónsul en Barcelona y, luego, en Madrid, donde los poetas españoles le rinden un homenaje. Conoce a Delia del Carril ("La Hormiguita"), que será luego su segunda esposa.

1936. Comienza la Guerra Civil Española y los franquistas asesinan al poeta Federico García Lorca. Neruda se solidariza activamente con el pueblo español que lucha contra el fascismo. Comienza a publicar en revistas poemas políticos a favor de la causa republicana. Es destituido de su cargo por el gobierno chileno. En París edita la revista ***Los Poetas del Mundo Defienden al Pueblo Español.***

1937. En París, con el poeta peruano César Vallejo, funda el Grupo Hispanoamericano de Ayuda a España. De vuelta a Chile, organiza y preside la Alianza de Intelectuales de Chile para la Defensa de la Cultura, y edita ***España en el corazón.*** Este libro no sólo indica ya su cercanía con la izquierda mundial, sino que inicia una poesía de denuncia y de compromiso social y político que caracterizará en adelante gran parte de su obra.

1938. El Frente Popular, integrado por los partidos Radical, Socialista y Comunista, triunfa en las elecciones presidenciales de Chile con Pedro Aguirre Cerda, el cual inicia una serie de cambios políticos y sociales de importancia histórica. Muere su padre en Temuco; a raíz de esa pérdida quiere recuperar poéticamente a su patria y comienza a escribir el "Canto general de Chile", el cual, al ampliarse a toda América, se convierte en la base del ***Canto general,*** publicado en 1950.

1939. El nuevo gobierno chileno lo designa cónsul para la Emigración Española con sede en París. Trae a Chile, desde Francia, en el barco ***Winnipeg*** a un numeroso grupo de refugiados españoles.

1940. Designado como cónsul en México.

1941. En México escribe "Un canto para Bolívar", publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México, el cual es el primer poema de Neruda sobre un tema americano.

1942-1944. Publica el "Canto a Stalingrado", que es colocado como afiche en los muros de la Ciudad de México, y el "Nuevo canto de amor a Stalingrado", poemas con los cuales no sólo reafirma su posición antifascista, sino su cercanía ideológica y política con el socialismo mundial. De vuelta a Chile, visita varios países del Pacífico y, en Perú, las ruinas de Machu Picchu; al año siguiente escribe su famoso poema "Alturas de Machu Picchu", incorporado después al ***Canto general.***

1945. Es elegido senador de la República por las dos provincias mineras del norte de Chile: Tarapacá y Antofagasta. Obtiene el Premio Nacional de Literatura. Se afilia al Partido Comunista de Chile. Es nombrado jefe nacional de propaganda de la candidatura presidencial del dirigente del Partido Radical, Gabriel González Videla, que cuenta también con el apoyo de los comunistas.

1947. Se edita la ***Tercera residencia*** que, junto a poemas similares a los de la ***Residencia en la Tierra,*** incorpora "Un canto para Bolívar", los dos cantos a Stalingrado y otros poemas de compromiso social y político, como ***España en el corazón.***

1948. A raíz de la promulgación de la ***Ley de Defensa de la Democracia***, llamada la "Ley Maldita", que ilegaliza al Partido Comunista y ordena la persecución de sus militantes, Neruda pronuncia en el Senado el discurso "Yo acuso", con el que denuncia la traición de González Videla. Neruda es desaforado y se ordena su detención. Mientras huye del asedio policial, termina de escribir el ***Canto general,*** un amplísimo poema sinfónico que canta las maravillas naturales, la historia y las luchas sociales de América.

1949. Sale clandestinamente de Chile hacia Argentina. Asiste en París al Primer Congreso Mundial de Partidarios de la Paz, en cuyo acto de clausura lee "Un canto para Bolívar", lo cual indica la importancia que Neruda atribuía a este poema.

1950. Se publica el ***Canto general*** en una edición mexicana con ilustraciones de David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera, y en otra chilena, editada clandestinamente por el Partido Comunista de Chile. Se reeditan sus libros principales en muchos idiomas. Asiste a reuniones políticas y literarias, y da recitales en países de todos los continentes.

1952. Reside en Italia. Publica los ***Versos del capitán***, poemas de amor de la madurez dedicados a Matilde Urrutia, con quien ha iniciado una relación amorosa que desencadenará la ruptura con Delia del Carril. Se le revoca en Chile la orden de detención y regresa. Se le rinden grandes homenajes en su patria.

1954-1955. Se separa de Delia del Carril**.** Edita ***Odas elementales*** y ***Las uvas y el viento.*** Con las odas da un vuelco a su poesía: abandona momentáneamente el elevado tono épico de ***España en el corazón*** y ***Canto general***, pero no la intención social, para cantar a las cosas más sencillas de la vida, en un estilo tan simple y cotidiano como ellas mismas. Es elegido presidente de la Sociedad de Escritores de Chile. Hacia finales de noviembre y comienzos de diciembre, intenta ingresar a Venezuela, pero la dictadura de Marcos Pérez Jiménez se lo impide.

1956. Pública ***Nuevas odas elementales***.

1959. En enero, caída la dictadura de Pérez Jiménez, vuelve a Venezuela, donde recibe honores y homenajes. Publica ***Navegaciones y regresos***.

1960. Edita ***Canción de gesta***, dedicado a la Revolución cubana, libro en el que vuelve, con un lenguaje sencillo, al canto épico revolucionario. Publica también ***Cien sonetos de amor***, este último dedicado a Matilde Urrutia.

1961. Publica ***Cantos ceremoniales.*** Es designado Miembro Correspondiente del Instituto de Lenguas Romances de la Universidad de Yale (EE.UU). Aparece ***Las piedras de Chile***.

1962. Es nombrado Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Edita ***Plenos poderes***.

1964. Publica ***Memorial de Isla Negra***, cinco volúmenes que cuentan poéticamente su vida. Se edita ***Romeo y Julieta***, la famosa obra de Shakespeare, en traducción libre de Pablo Neruda.

1965. Se le otorga el doctorado honoris causa en Filosofía y Letras de la Universidad de Oxford (Inglaterra).

1966. Es invitado de honor del Pen Club de Nueva York, donde da recitales. Publica ***Arte de pájaros***, ***La casa en la arena*** y escribe ***Fulgor y muerte de Joaquín Murieta***, su única obra destinada al teatro, la cual fue representada el año siguiente por la compañía del Instituto de Teatro de la Universidad de Chile.

1967. Se estrena la obra ***Fulgor y muerte de Joaquín Murieta***.

1968. Publica ***Las manos del día***. Visita Venezuela y ofrece un recital en la Universidad Central de Venezuela.

1969. Se editan ***Fin de mundo*** y ***Aún.*** Es postulado a la presidencia de la República por el Partido Comunista de Chile, pero retira su candidatura para apoyar a Salvador Allende, el candidato único de la Unidad Popular.

1970. Participa activamente en la campaña presidencial de Salvador Allende. Publica ***La espada encendida*** y ***Las piedras del cielo***. El nuevo presidente de Chile, Salvador Allende, lo designa embajador en Francia.

1971. Obtiene el Premio Nobel de Literatura.

1972. Nuevo viaje a Estados Unidos, invitado por el Pen Club. En Nueva York, durante el acto inaugural, denuncia el bloqueo norteamericano contra Chile. Publica ***Geografía infructuosa***. Comienza la redacción de sus memorias. Renuncia al cargo de embajador, y el pueblo de Chile lo recibe en un multitudinario acto de masas en el Estadio Nacional de Santiago.

1973. Publica su último libro en vida: ***Incitación al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena***, el cual se editó para contribuir con su venta a la campaña electoral parlamentaria de ese año. Ante la conspiración del Departamento de Estado norteamericano y de la derecha chilena para derrocar al gobierno constitucional de Salvador Allende, hace un llamado a los intelectuales de todo el mundo para que impidan la guerra civil en Chile.

11 de septiembre. Golpe militar y muerte de Salvador Allende.
23 de septiembre. Muerte de Pablo Neruda. La casa del poeta, que guardaba libros y obras de arte de gran valor, fue saqueada por los fascistas. Las fuerzas represivas de la dictadura de Pinochet no pudieron impedir, pese al asedio de que fue objeto el sepelio, que los artistas y escritores democráticos y que los trabajadores, a los que cantó con tanto amor, lo llevaran hasta su última morada en un acto digno de un intelectual revolucionario y del más grande poeta del pueblo chileno.

ÍNDICE

NOTA EDITORIAL 9

EL *CANTO GENERAL*, UN LIBRO INDISPENSABLE. PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN 11

INTRODUCCIÓN. ME CONVIDASTE, PATRIA CALUROSA 17

Un canto para Bolívar 23

Orinoco 29

Miranda muere en la niebla (1816) 33

Guayaquil (1822) 39

Sucre 45

Gómez 49

Carta a Miguel Otero Silva, en Caracas (1948) 53

El cinturón de Orinoco 61

Oda a los nombres de Venezuela 67

Oda de adiós a Venezuela 73

Por Venezuela 79

El tigre 83

Pérez Jiménez 87

Un demócrata extraño 93

Las aves del Caribe 99

Venezuela 105

XII / XXI 109

Paladino para Miguel 113

Para *Las Celestiales* 117

El Premio Nobel 121

Banderas de septiembre 127

Fidel Castro 133

Tiempo de cosmonautas 137

Huésped de Caracas 141

Caracas vibratoria 147

Miguel Otero Silva y sus novelas 153

OBRAS DE PABLO NERUDA 157

LA VIDA DEL POETA (cronología) 163

Edición digital
septiembre de 2016
Caracas-Venezuela

Pablo Neruda (Parral 1904-Santiago 1973, Chile)

El poeta más universal del siglo XX. Premio Nacional de Literatura (1945), Premio Lenin de la Paz (1953), Premio Nobel de Literatura (1971). Diplomático, parlamentario y militante activo del Partido Comunista de Chile. Vivió sus primeros años en Temuco, donde se inició en la literatura y conoció a Gabriela Mistral. Se mantuvo junto al presidente Salvador Allende y la Unidad Popular durante el golpe de Estado de 1973. Entre su extensa obra podemos mencionar: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* (1924), *Crepusculario* (1923), *Residencia en la Tierra* (1931-1935), *España en el corazón* (1937), *Canto general* (1950), *Odas elementales* (1954), *Estravagario* (1958), *Canción de gesta* (1960), *Cantos ceremoniales* (1961), *La espada encendida* (1970), *Incitación al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena* (1973), y *Confieso que he vivido* (1974: obra póstuma), entre otras.

Pablo Neruda: Pasión por Venezuela

Esta recopilación recoge todo lo que Pablo Neruda escribió sobre Venezuela, tanto en verso como en prosa, desde sus ríos y montañas hasta sus más destacados hechos históricos. Lugar preferente ocupan Miranda y Bolívar, así como los vínculos del poeta con eminentes escritores como Miguel Otero Silva y Rómulo Gallegos, a quien consideraba uno de los mejores novelistas latinoamericanos, merecedor del Premio Nobel. Buena parte de los textos son tomados del *Canto general*, poema épico-lírico consagratorio de las maravillas naturales del continente americano, de su historia y de las heroicas luchas de sus pueblos.

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

1817 - 2017 ZAMORA UNIÓN CÍVICO MILITAR